

CRISTIANDAD

Año XXX - NUMERO 505

BARCELONA

MARZO 1973

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

SAINT-SIMON Y LA SECULARIZACION TECNOCRATICA DE LA IGLESIA - Religión sin Dios - La ética sobre la teología - La religión de desarrollo económico - Teocracia secularizada - Mesianismo anticristiano - La revolución desde arriba

José Manuel Zubicoa

LA RELIGION DE LA HUMANIDAD. Plan político del positivismo. La sociocracia. - La sociabilidad se funda en la desaparición de la personalidad - La religión liga al hombre consigo mismo, al mostrarle su absoluta dependencia de un inmutable orden exterior - La humanidad es el «Gran Ser», que rige fatalmente los destinos de los hombres - El positivismo, en tanto que no reconoce la existencia de Dios, no reconoce tampoco la existencia de ningún derecho del hombre

José M.^a Petit

LA EDUCACION COMO RELIGION - Democracia moral y educación

José M.^a Mandat

LA ENSEÑANZA DE PAULO VI SOBRE EL INFLUJO DE SATANAS EN PLENA CONSONANCIA CON EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Roberto Cayuela, S. I.

V REUNION DE ESTUDIO SOBRE MAGISTERIO DE LA IGLESIA Y REINO DE JESUCRISTO

Antonio Girbau Ortega

¿DONDE VAMOS CATOLICOS?

Fernando Serrano

QUARTA ESTACION

M. M. Domenech, I.

AL MEDIO SIGLO - 1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA LA GRAN GUERRA EN LA PRIMERA MITAD DEL AÑO 1918 - XXXIX

Luis Creus Vidal

LIBERTAD DE ENSEÑANZA

José M.^a Alsina

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10) Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

EDUCACION, POLITICA, RELIGION

En la Francia de la Revolución, cuando el liberalismo conservador se "horroriza" de la anarquía revolucionaria y se forma la Santa Alianza como sistema de política internacional, a la vez que se produce un movimiento apologético, en el que participan desde Chautebriand hasta De Maistre en una mezcla de espíritu antirrevolucionario y liberalismo, surge desde el seno del racionalismo ilustrado un movimiento filosófico-político del que son destacados representantes Saint-Simon y su discípulo Augusto Comte, fundador del positivismo.

La situación política actual de Occidente es todavía hoy deudora de aquella "organización social", filantrópica, progresiva, técnica e industrializada en la que pusieron sus esperanzas redentoras y su entusiasmo iluminista los prohombres de la aristocracia y de la burguesía del siglo XIX. A diferencia del espíritu volteriano o "filosófico" del siglo XVIII lo que anima este desarrollo económico-industrial es la "asimilación" de la idea cristiana reduciéndola a la consecución de la paz universal por medio del mejoramiento material de las clases pobres.

Esta organización político-social tiene el carácter de un "partido de orden" que se opone a la vez a la anarquía y a lo retrógrado y que se refleja en el lema tópico de Comte: "Orden y Progreso". Es, pues, una "revolución desde arriba", que debe ser realizada por los poderosos y debe ser usufructuada por los ricos.

La identificación de la moral con la política confiere a ésta el carácter de verdadera *Religión de la Humanidad*, lo que expresa Saint-Simon diciendo que el verdadero primer mandamiento es el segundo, idea madre cuya divulgación está encomendada al clero del nuevo cristianismo, en su papel de director de la sociedad sin Dios.

En nuestra época la educación "positiva" sigue siendo, más que nunca, el instrumento estatal indispensable para esta vasta organización social que sustituye a la religión verdadera, pues, como escribe Dewey: "En lo que respecta a la educación los que creen en la religión como *expresión natural de la experiencia humana*, deben consagrarse al desarrollo de las ideas de la vida que están implícitas en nuestra ciencia todavía nueva, y en nuestra democracia aún más nueva. Deben interesarse en la transformación de aquellas instituciones que llevan todavía el sello dogmático y feudal, hasta que estén de acuerdo con estas ideas".

SAINT-SIMON Y LA SECULARIZACION TECNOCRATICA DE LA IGLESIA

Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), era sobrino segundo del duque del mismo título autor de las famosas "Memorias" en que describe por dentro la corte de Luis XIV. Tuvo una existencia muy movida en su juventud: combate en Norteamérica por su independencia en 1779; vuelve a Francia a los 23 años convertido en coronel; se retira del ejército y viaja por Holanda y España donde prepara con Cabarrús un proyecto de canal entre Madrid y el mar y para constituir un "ejército de trabajadores". La Revolución francesa frustra estos proyectos y Saint-Simon regresa, pero no toma parte activa en ella; en cambio, renuncia a su título y hace una fortuna especulando con los bienes nacionales. Decide convertirse en organizador de la sociedad y para ello adquirir conocimientos científicos, pues cree que las leyes sociales son aplicaciones a otro campo de las leyes físicas; estudia durante cinco años con los profesores de la Escuela Politécnica y con los de la de Medicina; viaja a Inglaterra, Alemania y Suiza. Se casa y se divorcia en 10 meses; se arruina y le recoge su antiguo ayuda de cámara. Al morir éste, Saint-Simon cae en la miseria extrema; pero sigue enviando sus escritos a los poderosos y a los científicos oficiales a los que pide ayuda. Toda su vida, es un desconocido y un fracasado; en 1823 intenta suicidarse al darse cuenta "de que le haría falta mucho más tiempo del que había pensado para que la gente se interesara por sus trabajos". Sólo al final, tiene algunos discípulos entre ellos Agustín Thierry y Augusto Comte y éstos por poco tiempo (1).

En su primera etapa, piensa encontrar la clave del problema de la organización social en las leyes físicas, busca la "ciencia general" que debe gobernar al mundo en la ciencia positiva, es decir la razón actuando sobre los hechos, generalizada de los hechos físicos a los sociales; la política y la moral son sólo aspectos de la "ciencia general"; la ley de la gravedad sería la ley más general, debe ser aplicada a la sociedad, y la determinación del bien y del mal incumbe a los sabios. A esta etapa corresponden las *Lettres d'un habitant de Genève* (1802). En el *Catéchisme des indus-*

triels (1823-24), en el que colabora Comte, expone la idea central de la segunda etapa: el fin a que tiende la sociedad se puede prever con precisión matemática, pues el estudio del pasado permite conocer con seguridad el porvenir; la historia es una ciencia positiva: "la física social". En *Nouveau Christianisme* (1825), pretende, por último, organizar la sociedad a partir de la religión, pero de una religión transformada, subvertida del todo.

La finalidad de este artículo es exponer el sistema social planeado por Saint-Simon en el *Nouveau Christianisme* porque formula lo vigente hoy y porque lo formula sistematizado, de modo que permite apreciar que la crisis actual de Occidente no es un conjunto de fenómenos aislados coincidentes por casualidad, sino relacionados, concatenados, a partir de sus principios que en Saint-Simon aparecen expuestos en toda su crudeza, y apuntando a un estado final de organización de la sociedad que también Saint-Simon expone. La lectura de Saint-Simon ayudará a algunos quizás a darse cuenta de que no es casual que coexistan fenómenos como la política desarrollista y la apostasía de las naciones, sino que estos fenómenos forman parte de un sistema y están relacionados como la causa y el efecto; de que no es independiente ni contraria la preponderancia que se da al desarrollo económico y social de la negación de Dios, de su exclusión de la sociedad y de la negación de la autoridad divina de la Iglesia; de que no sólo ataca a la Iglesia el que la persigue a sangre y fuego, sino más aún el que la quiere secularizar, hacerla abdicar de su misión sobrenatural de santificar las almas y convertirla en instrumento de desarrollo económico-social; de que el peligro no es sólo de destrucción violenta del orden cristiano, sino mayor aún de intentar construir un pseudo-orden sin Dios; y de que esta peligrosa política es la que llevan a cabo hoy en Occidente los conservadores.

En nuestros días, esta mentalidad saint-simoniana de Iglesia secularizada, instrumento de desarrollo, se da en los progresistas, pero también se da en el poder anticristiano imperante el propósito de construir una sociedad al margen de Dios ordenada mediante el desarrollo socioeconómico. Por eso es gran ceguera la de los católicos que por combatir al progresismo se echan en brazos de ese poder anticristiano.

1. Los datos biográficos se toman de S. CHARLÉTY: "Historia del Sansimonismo", Madrid, 1969; y el escrito autobiográfico "Histoire de ma vie" en *Oeuvres de Claude Henri de Saint-Simon*, 6 vols. París, 1966, I, pp. 66-68.

RELIGION SIN DIOS

Saint-Simon dice (2) que se propone con su escrito "precisar la acción del sentimiento religioso en la sociedad" (101), es decir, parece que intenta poner de relieve la virtualidad social, no sólo privada de la religión. Pero se trata de una religión sin Dios, sin culto ni dogma, pues Saint-Simon dirige su escrito a todos los que "miren la religión como teniendo como objeto esencial la moral; a todos los hombres que admitan la mayor libertad de culto y dogma" (102). En el Nuevo Cristianismo que pretende fundar Saint-Simon el culto y el dogma no son más que "accesorios útiles" para "fijar la atención sobre la moral"; a esta idea que repite constantemente le atribuye un origen divino, revelado, la considera como lo único y principalmente revelado de la religión:

"Lo que hay de verdaderamente sublime, de divino en el primer Cristianismo (es) la superioridad de la moral sobre... el culto y el dogma" (103).

Toda la religión se reduce a la fraternidad social, éste es el principio de la moral, que es lo único importante por ser lo único revelado de la religión:

"Los hombres deben conducirse como hermanos respecto a los otros; este principio sublime encierra todo lo que hay de divino en la religión cristiana" (108).

Es decir, que del amor excluye el amor a Dios, fuente del amor al prójimo al que llama divino, lo único divino; y la fe en Dios, fuente del amor; para ello se apoya en una cita de la epístola de San Pablo a los Romanos que pone como epígrafe del libro:

"El que ama a los otros ha cumplido la Ley. Todo está contenido en compendio en esta palabra: amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Son unos fragmentos de los versículos 8 y 9 del cap. 13 de dicha epístola en la que lo que enseña San Pablo es lo que niega Saint-Simon, que el hombre queda justificado por la fe: "pues razonamos ser por la fe justificado el hombre independientemente de las



Saint-Simon, joven

obras de la Ley" (Rom. 3, 28); y en la fe, como en su principio, se fundamenta la Ley con sus obras: "¡Anulamos con esto la Ley por medio de la fe? ¡eso, no!, antes bien, afianzamos la Ley" (Rom. 3, 31); y todo amor que pueda haber en nosotros los hombres hacia nuestros semejantes procede de Dios, Él es quien nos infunde el amor: "porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fue dado" (Rom. 5, 5). Excluir a Dios del amor al prójimo, como hace Saint-Simon, es pues, negar al Espíritu Santo y sustituir el mismo amor al prójimo por otra cosa que no es amor.

Saint-Simon dice que la verdadera base del cristianismo es "el sentimiento filantrópico" (147), que es una religión "eminentemente filantrópica" y que él quiere "rejuvenecerla", desembarazándola "de todas las creencias y de todas las prácticas supersticiosas e inútiles" (163).

2. Las citas están tomadas de vol. III de *Oeuvres...*

LA «ETICA» SOBRE LA TEOLOGIA

Esta transformación, que parte de la separación del amor al prójimo del amor de Dios, centra la religión en la sociedad; la religión es la moral y la moral es "la ciencia que constituye la sociedad, es la que le sirve de base" (187). Reduce pues la religión a ciencia de la organización de la sociedad y del trabajo y le da como fin el desarrollo económico y social en vez del gozo de Dios.

Los hombres "deben organizar su sociedad de la manera que pueda ser más ventajosa al mayor número; deben proponerse por meta en todos sus trabajos, en todas sus acciones, mejorar lo más pronta y lo más completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa. — Yo digo que en esto y sólo en esto consiste la parte divina de la religión cristiana" (109).

Principio del cristianismo primitivo: "los hombres deben conducirse como hermanos los unos para con los otros".

Su transfiguración en el Nuevo Cristianismo: "La religión debe dirigir la sociedad hacia el gran fin de la mejora más rápida posible de la clase más pobre" (117).

"Es igualmente cierto que en el origen del cristianismo este principio ha debido ser expresado bajo la primera fórmula, y que hoy la segunda fórmula debe ser empleada" (173).

Este cambio lo justifica Saint-Simon apelando implícitamente a la ley del progreso social, que aparece constantemente a lo largo de todo su escrito de una manera más o menos explícita.

El culto y el dogma quedan reducidos a instrumentos propagandísticos de la política de desarrollo a implantar con obligatoriedad religiosa. Son instrumentos útiles a este fin; Lutero hizo mal en minimizar el aparato externo de estos "instrumentos".

"... cuanto más progreso hace la sociedad, más necesidad tiene de que el culto sea perfeccionado; pues el culto tiene por objeto llamar la atención de los hombres, regularmente reunidos en el día de descanso, sobre los intereses que son comunes a todos los miembros de la sociedad, sobre los intereses generales de la especie humana" (159).

"Hoy el culto no debe ya ser considerado más que como un medio de llamar, en los días de descanso, la atención de los hombres sobre las consideraciones y los sentimientos filantrópicos, y el dogma no debe ya ser concebido más que como una colección de comentarios, que tienen por objeto aplicaciones generales de estas consideraciones y de estos sentimientos a los grandes acontecimientos políticos que pueden sobrevenir, o facilitar a los fieles las aplicaciones de la moral a las relaciones diarias que existen entre ellos" (166-7).

"El predicador llamado, por la naturaleza de las cosas, a emplear la elocuencia, que es la primera de las bellas artes, debe hacer temblar a su auditorio mediante el cuadro de la posición espantosa en la que se encuentra, en esta vida, el hombre que ha merecido el menosprecio público; debe incluso mostrar el brazo de Dios levantado sobre el hombre del que todos los sentimientos no están dominados por el de la filantropía" (160).

Lutero "ha reducido el culto de la Iglesia reformada a la simple predicación; ha hecho todo lo prosaico que ha podido todos los sentimientos cristianos; ha desterrado de sus templos todos los adornos de pintura y de escultura; ha suprimido la música, y ha dado la preferencia a los edificios religiosos de formas más insignificantes, y por consiguiente menos propias para disponer favorablemente el corazón de los fieles a apasionarse por el bien público" (162).

Notemos de paso que, en realidad, no se busca el amor al prójimo, a las personas concretas que Dios nos da como prójimos, sino que se inculca el amor al "bien público", a la "especie humana", cuyos "intereses generales" nos definirán, naturalmente, los planificadores del desarrollo.

El trabajo es lo único que redime al hombre; Saint-Simon falsifica el Evangelio:

"Ciertamente todos los cristianos aspiran a la vida eterna, pero el único medio de obtenerla consiste en trabajar en esta vida en el acrecentamiento del bienestar de la especie humana" (154).

“Jesucristo ha prometido la vida eterna a los que más hayan contribuido a la mejora de la existencia de la clase más pobre en el aspecto moral y en el aspecto físico” (120).

“Jesucristo ha prometido la vida eterna a los que trabajen con más celo en el crecimiento del bienestar de la clase más numerosa” (121-2).

“El clero católico, lo mismo que todos los otros cleros, tiene pues por misión excitar el ardor de todos los miembros de la sociedad hacia los trabajos de utilidad general” (122).

Proponer otros medios, especialmente sobrenaturales, para alcanzar la vida eterna es impiedad, herejía:

“El Nuevo Cristianismo está llamado... a pronunciar anatema sobre la teología, y a clasificar como impía toda doctrina que tenga por objeto enseñar a los hombres otros medios para obtener la vida eterna que el de trabajar todo lo que puedan en la mejora de la existencia de sus semejantes” (163-164).

“Hasta el presente el clero no ha dado a los fieles para el empleo de su vida, más que un objetivo metafísico: el paraíso celeste... unos han persuadido a sus clientes de que para obtener el paraíso debían desgarrarse el cuerpo a golpes de disciplina; los otros... que llevando un cilicio... privarse de comida... comer pescado... leer oraciones, casi todas insignificantes... en una lengua ignorada... pasar una gran parte del día de rodillas en las iglesias, cosas todas ellas que no podían de ninguna manera contribuir a la mejora de la suerte de la clase pobre.— Esta conducta del clero ha podido y debido tener lugar en la época de la infancia de la religión” (153-4).

Por eso acusa Saint-Simon de herejes al Papa,, a los cardenales y a todo el clero católico, por la excesiva importancia que dan a la teología.

“Esta ciencia es indiscutiblemente la más importante de todas para los cleros heréticos, teniendo en cuenta que proporciona el medio de fijar la atención de los fieles sobre minucias, y de hacer perder de vista a los cristianos el gran objetivo terrestre que deben proponerse para obtener la vida eterna, es decir, la mejora más rápida posible de la existencia moral y física de la clase pobre” (125-6).

La misma acusación hace a los protestantes:

“... todas las religiones pretendidas cristianas que se profesan hoy no son más que herejías, es decir, que no tienden directamente a la mejora más rápida posible del bienestar de la clase más pobre, que es la finalidad única del cristianismo” (118).

La autoridad, la infalibilidad, de la Iglesia depende según Saint-Simon de la ciencia del clero, no de la inspiración de Dios:

“... hay que distinguir lo que Dios ha dicho personalmente de lo que el clero ha dicho en su nombre” (108).

“... lo que el clero ha dicho en nombre de Dios compone una ciencia susceptible de perfeccionamiento, lo mismo que todas las otras ciencias humanas” (108).

“En el caso en que la Iglesia tenga por jefes a los hombres más capaces de dirigir las fuerzas de la sociedad hacia el fin divino, creo que la Iglesia puede sin inconveniente ser reputada infalible y que la sociedad obra sabiamente dejándose conducir por ella” (111).

“El mejor teólogo es el que hace las aplicaciones más generales del principio fundamental de la moral divina; el mejor teólogo es el verdadero Papa, él es el vicario de Dios en la tierra. Si las consecuencias que voy a presentar son justas, si la doctrina que voy a exponer es buena, es en nombre de Dios que habré hablado” (116).

“... estoy convencido de que yo mismo cumplo una misión divina llamando a los pueblos y a los reyes al verdadero espíritu del Cristianismo” (188).

¡PRÍNCIPES,

Escuchad la voz de Dios, que os habla por mi boca, volved a ser buenos cristianos, cesad de considerar a los ejércitos mercenarios, a los nobles, a los cleros herejes y a los jueces perversos como vuestros principales apoyos; unidos en el nombre del cristianismo, sabed cumplir todos los deberes que impone a los poderosos; acordaos que les manda emplear todas sus fuerzas en acrecentar lo más rápidamente posible la felicidad social del pobre!” (192).

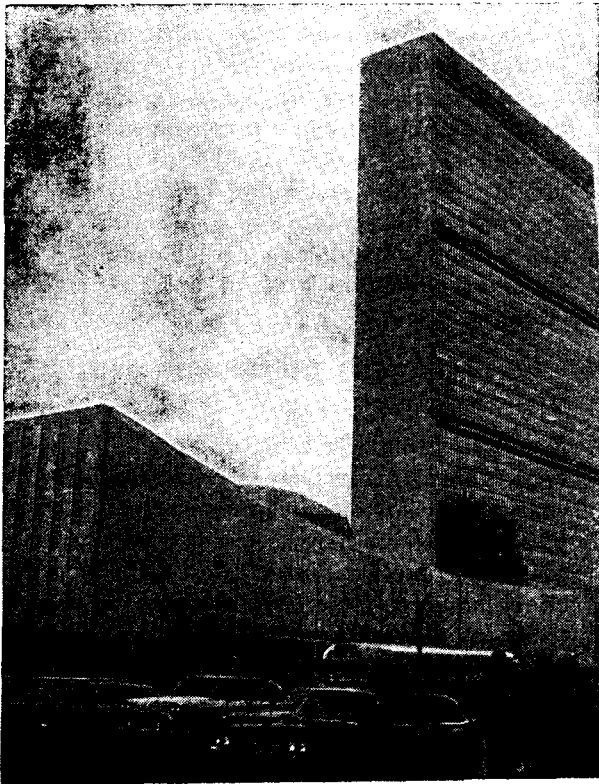
LA RELIGION DEL DESARROLLO ECONOMICO

Esta ciencia es la moral en el sentido saintsimoniano: la política entendida como ciencia de la organización social, como planificación del desarrollo económico y social.

"... los jefes de la Iglesia cristiana deben ser escogidos entre los hombres más capaces de dirigir los trabajos que tienen por objeto el acrecentamiento y el bienestar de la clase más pobre" (120).

"Los que deben fundar el Nuevo Cristianismo y constituirse jefes de la nueva iglesia son los hombres más capaces de contribuir mediante sus trabajos al crecimiento del bienestar de la clase más pobre" (117).

Lutero debía haber dicho al Papa: "El objetivo general que debéis presentar a los hombres en sus trabajos, es la mejora de la existencia moral y física de la clase más numerosa, y debéis producir una combinación de organización social apropiada para favorecer más este orden de trabajos y para asegurar su preponderancia so-



bre todos los otros, de cualquier importancia que puedan parecer... ahora que la dimensión de nuestro planeta es conocida, haced hacer por los sabios, por los artistas y los industriales un plan general de trabajos a ejecutar para hacer la posesión territorial de la especie humana la más productiva y posible y la más agradable de habitar bajo todos los aspectos" (152).

Lutero al Papa debía haber dicho:

"... tres nuevas capacidades se muestran: las bellas artes reaparecen, las ciencias vienen a superponerse a todas las otras ramas de nuestros conocimientos, y las grandes combinaciones industriales tienden más directamente a la mejora de la suerte de la clase pobre que ninguna de las medidas tomadas hasta este día por el poder temporal así como por el poder espiritual. — Estas tres capacidades son de orden pacífico; es por consiguiente de vuestro interés, de interés del clero, combinarse con ellas. Por medio de esta combinación, vos podéis en poco tiempo, y sin experimentar grandes obstáculos, organizar la especie humana de la manera más favorable para la mejora de la existencia moral y física de la clase más numerosa. Por este medio, el poder de César, que es impío en su origen y en sus pretensiones, se encontrará completamente aniquilado. — Si, por el contrario..., vos continuais presentando las ideas místicas como las más importantes de todas para la felicidad de la especie humana, los artistas, los sabios y los jefes de la industria se ligarán con César contra vos..." (154-5).

Id.: "La masa inmensa de trabajos que vos determinaréis sobre el terreno, contribuirá más eficazmente a la mejora de la suerte de la clase pobre que no podrían hacerlo, las limosnas, más abundantes; y por este medio los ricos, lejos de empobrecerse por sacrificios pecuniarios, se enriquecerán al mismo tiempo que los pobres" (152-3).

Por eso acusa también de herejes al Papa y a todo el clero católico, por no ser los mejores en la dirección de la elaboración de los planes de desarrollo económico y social que es su misión. Debían haber estado a la altura del progreso en cuanto a la organización social a las técnicas productivas:

“... es un fin herético, el de persuadir a los laicos que no están en estado de conducirse por sus propias luces, y que deben dejarse dirigir por el clero, sin que el clero esté obligado a poseer una capacidad superior a la que ellos “En la época en que Jesús confió a sus apóstoles la sublime misión de organizar la especie humana en interés de la clase más pobre, la civilización estaba aún en su infancia” (144).

“Las dimensiones del planeta no eran conocidas, de manera que no podía ser concebido ningún plan de mejora para la propiedad territorial de la especie humana” (145).

“Todas las naciones estaban divididas en dos grandes clases, la de los señores y la de los esclavos... en esta época, la moral no podía ser más que la parte menos desarrollada de la religión puesto que no había reciprocidad de deberes comunes entre las dos grandes clases que dividían la sociedad” (166).

“En la infancia de la religión... el comercio, que después ha civilizado al mundo, no existía aún más que como rudimentos... Así la filantropía no podía existir aún en esta época más que como un sentimiento especulativo” (165).

“En una palabra, la parte material de la religión ha desempeñado un papel tanto más considerable cuanto esta institución más cerca ha estado de su fundación, y la parte espiritual ha siempre adquirido preponderancia a medida que la intelectualidad del hombre se ha desarrollado” (166).

“Considero a los Padres de la Iglesia como habiendo sido infalibles para la época en que vivieron” (111).

“Los primeros jefes de la Iglesia habían sido nombrados por todos los fieles y el único motivo que determinó su nombramiento fue que estaban considerados como los de más celo por el bien de los pobres, y los más capaces de descubrir los medios de mejorar la existencia moral y física de la clase más numerosa” (136-7).

“Las primeras indulgencias habían sido concedidas en recompensa de trabajos útiles a la sociedad, tales como las construcciones de puentes, de grandes caminos, etc.” (139).

“La asociación Católica, Apostólica y Romana... ha sucedido inmediatamente a la asociación cristiana, lo que le da un cierto barniz de ortodoxia... León X ha sido su fundador” (118-9).

“El clero romano ha sido ortodoxo hasta el advenimiento de León X al trono papal porque hasta esta época ha sido superior a los laicos en todas las ciencias cuyos progresos han contribuido al crecimiento del bienestar de la clase más pobre; después se ha vuelto herético porque no ha cultivado más que la teología, y se ha dejado superar por los laicos en las bellas artes, en las ciencias exactas y en lo referente a la capacidad industrial” (126).

En el siglo XV se produjeron grandes descubrimientos y progresos “de utilidad positiva” debidos casi enteramente a los trabajos de los laicos. “Los laicos habían pues adquirido una superioridad positiva sobre los eclesiásticos... el Papa y los cardenales no poseían ya la capacidad suficiente para dirigir al clero cristiano y el clero cristiano no se encontraba ya en estado de conducir a la masa de los fieles” (133).

“En la época en que Lutero operó su reforma, la civilización había hecho grandes progresos; desde el establecimiento del cristianismo la sociedad había enteramente cambiado de faz; la organización social se hallaba fundada sobre nuevas bases” (145).

“Es a Lutero que se debe la disolución de un poder espiritual que no estaba ya en relación con el estado de la sociedad” (141).

“América había sido descubierta; y la especie humana, conociendo toda la extensión de sus posesiones territoriales, se encontraba en posición de hacer un plan general de los trabajos a ejecutar para sacar el mayor partido posible de su planeta” (146-7).

Pero tampoco los luteranos supieron, según Saint-Simon, estar a la altura del progreso, no se adueñaron de las técnicas de la organización y planificación:

“Acuso a los luteranos de ser herejes... de haber adoptado una moral que es muy inferior a la que puede convenir a los cristianos en el estado actual de su civilización” (142).

TEOCRACIA SECULARIZADA

La dirección de todas las instituciones, no sólo espirituales sino sobre todo las políticas, debe ser asumida por este clero secularizado, experto en la planificación del desarrollo económico. El poder político debe estar en manos de los dirigentes de esta iglesia del hombre, no de Dios. Se trata de eliminar definitivamente el reinado que pertenece a Cristo sobre la sociedad; se trata de secularizar definitivamente la vida política, no ya como querían los liberales, que pretendían que la vida social fuera laica y relegaban la religión al ámbito de la conciencia privada, sino haciendo que los dirigentes eclesiásticos prediquen esta religión cuyo primer mandamiento es el amor al hombre y no el amor a Dios, no la religión de Cristo, de Dios que se hace hombre, sino del hombre que se hace Dios. Se trata de una teocracia secularizada en la que ya no se dividirá al hombre entre la Iglesia cristiana y el Estado laico (la vida privada, religiosa; la vida social, atea), sino que se separará al hombre entero de Dios.

"... aunque la moral protestante no haya sido proporcionada a las luces de la civilización moderna, Lutero ha preparado la nueva reforma de la religión cristiana" (172).

"Toda la sociedad debe trabajar en la mejora de la existencia moral y física de la clase más pobre; la sociedad debe organizarse de la manera más conveniente para hacerle alcanzar este gran fin" (173).

"... el claro ejercerá siempre una influencia preponderante en las instituciones temporales de todos los pueblos, cuando trabaje de una manera positiva para mejorar la existencia de la clase pobre, que es en todas partes la más numerosa" (150).

"La nueva organización cristiana deducirá las instituciones temporales, así como las instituciones espirituales, del principio de que todos los hombres deben conducirse los unos para con los otros como hermanos. Dirigirá todas las instituciones, de cualquier naturaleza que sean, hacia el acrecentamiento del bienestar de la clase más pobre" (113).

"La primera doctrina cristiana no ha dado a la sociedad más que una organización parcial y muy incompleta. Los derechos de César han quedado independientes de los derechos atribuidos a la Iglesia" (113).

En esta Iglesia secularizada ya no habrá dos poderes, el del Papa y el de la autoridad civil, como en la Iglesia de Dios (en la que no son independientes sino que ambos forman parte de la Iglesia, y el poder civil debe someterse al papal en los asuntos de la competencia de éste, y el clero obedecer las leyes civiles), sino que el poder político será asumido por este clero tecnócrata secularizado. No se trata de que la autoridad civil sea sobrenaturalizada, cristianizada, reconozca que su poder le viene de Dios y debe ejercerlo dentro de la Iglesia de Dios, sino de negar que el poder venga de Dios, declarar impío todo poder político que no se base en la capacidad o eficacia planificadora y de que quede en manos del clero tecnócrata secularizado que desempeñará las únicas funciones útiles a la sociedad: las de planificación del desarrollo.

"... el poder temporal..., este poder impío que tiende por su naturaleza a someter a los hombres al imperio de la fuerza física, y a gobernar las naciones en su provecho" (167-8).

El origen del poder temporal es impío "puesto que sus derechos se han fundado primitivamente en la ley del más fuerte" (136).

"Jesús no ha podido tener para los hombres más que el lenguaje que podían comprender en la época en que habló; ha depositado en las manos de sus apóstoles el germen del cristianismo, y ha encargado a su Iglesia del desarrollo de este germen precioso; la ha encargado del cuidado de suprimir todos los derechos políticos derivados de la ley del más fuerte, y todas las instituciones que formaban obstáculos a la mejora de la existencia moral y física de la clase más pobre" (168).

"Al final del siglo catorce... el poder espiritual cesa de luchar con el poder temporal; no se identifica ya con las últimas clases de la sociedad... se hace un plan de conducta cuyo objeto esencial es conservar la importancia y las riquezas adquiridas por la Iglesia militante, y gozar de ellas sin tomarse molestias y sin desempeñar ninguna función verdaderamente útil a la sociedad" (134-5).

"Lutero... en lugar de tomar las medidas necesarias para acrecentar la importancia social de la religión cristiana, ha hecho retrogradar esta religión hasta su punto de partida; la ha

vuelto a colocar fuera de la organización social; ha por consiguiente reconocido que el poder de César era aquel del que todos los otros emanaban; no ha reservado a su clero más que el derecho de humilde súplica respecto al poder temporal; y, por estas disposiciones, ha consagrado las capacidades pacíficas a quedar eternamente en la dependencia de los hombres de pasiones violentas y capacidad militar.— Ha constreñido de esta manera la moral cristiana en los estrechos límites que el estado de la civilización había impuesto a los primeros cristianos. — La acusación de herejía que hago contra los protestantes, en razón de la moral que han adoptado, moral que se encuentra muy por detrás del estado presente de nuestra civilización, es pues fundada” (158).

“... a los sucesores de César... el Cristianismo no les reconoce ya el derecho de mandar a los hombres, derecho fundado en la conquista, es decir en la ley del más fuerte” (149).

“En el estado presente de las luces y de la civilización, ningún derecho político debe ya presentarse como derivado de la ley del más fuerte para los individuos, del derecho de conquista para las masas; la realza no es ya legítima más que cuando los reyes emplean su poder en hacer concurrir a los ricos a la mejora de la existencia moral y física de los pobres” (177). “... los verdaderos cristianos se proponen como objetivo final de sus trabajos aniquilar completamente el poder de la espada, el poder de César, que, por su naturaleza, es esencialmente provisional” (189).

MESIANISMO ANTICRISTIANO

Esta religión humanista de Saint-Simon es también un mesianismo secularizado. La esperanza que la Iglesia de Dios tiene de la paz en la tierra cuando venga a nosotros el Reino de Dios que pertenece a Cristo como Rey de la sociedad, esta iglesia del hombre la pone en el reinado de los tecnócratas, en su doctrina humanista que se impondrá como única religión.

“El pueblo de Dios... ha sentido siempre que la doctrina cristiana, fundada por los Padres de la Iglesia, estaba incompleta; ha proclamado siempre que llegará una gran época, a la que ha dado el nombre de mesiánica, época en la que la doctrina religiosa será presentada con toda la generalidad de que es susceptible; que regulará igualmente la acción del poder temporal y la del espiritual, y que entonces toda la especie humana no tendrá ya más que una sola religión, más que una sola organización” (114). “El verdadero Cristianismo debe hacer a los hombres felices, no sólo en el cielo, sino en la tierra” (148).

“El Nuevo Cristianismo está llamado a hacer triunfar los principios de la moral general en la lucha que existe entre estos principios y las combinaciones que tienen por objeto obtener un bien particular a expensas del bien público; esta religión rejuvenecida es llamada a constituir todos los pueblos en un estado de paz permanente... está llamada a coaligar entre ellos

a los sabios, a los artistas y a los industriales y a constituirlos directores generales de la especie humana... está llamada a colocar las bellas artes, las ciencias de observación y la industria a la cabeza de los conocimientos sagrados” (163-4).

Lutero debía haber dicho al Papa: “No es ya sobre ideas abstractas que debéis fijar la atención de los fieles; es empleando convenientemente las ideas sensuales, es combinándolas para procurar a la especie humana el más alto grado de felicidad que puede alcanzar durante su vida terrestre, que llegaréis a constituir el Cristianismo, religión general, universal y única” (148). “El Cristianismo será la religión universal y única... La verdadera doctrina del Cristianismo... será producida, y en seguida cesarán las diferencias que existen en las opiniones religiosas” (112).

Esta doctrina, base de su ecumenismo, no difiere del viejo deísmo más que en la expresión. Saint-Simon intenta convencer de ello a los filósofos laicos (entre ellos quizás a su ex-discípulo Augusto Comte); no deben recelar de que él emplee fórmulas cristianas, sólo es cuestión de palabras:

Los que no consideren “las ideas sobre la Divinidad y sobre la revelación más que como fórmulas que han podido tener utilidad en épo-

cas de ignorancia y de barbarie, y que encuentren anti-filosófico el empleo de semejantes fórmulas en el siglo XIX... buscarán probablemente en sus sistemas pretendidos filosóficos una fórmula de moral más general, más simple

y más popular que la fórmula cristiana; y si no encontrasen para sustituirla más que la razón pura y la ley natural, revelada en el fondo de los corazones, no sostendrían ya sin duda una discusión de palabras" (104).

LA REVOLUCION DESDE ARRIBA

Saint-Simon propugna la subversión total del orden político y espiritual, pero se trata de una revolución impuesta desde arriba, son los poderosos los llamados a realizarla, son los ricos los llamados a usufructuarla; será una revolución jerarquizada, el clero secularizado, en nombre del bienestar de los pobres, se colocará a la cabeza en virtud de su superior capacidad planificadora y se servirá de los hombres más capaces, más eficaces, en la realización de los planes de desarrollo económico y social; ellos dirigirán la opinión pública. Se trata de una revolución conservadora, no se trata de lanzar a los pobres contra los gobiernos y contra los ricos, sino que son éstos los que dirigirán y realizarán la revolución evitando cuidadosamente que se vuelva contra ellos, evitando la violencia; es el clásico sueño conservador de implantar la revolución con orden:

El estudio demasiado profundo de la Biblia que han hecho los protestantes "fija la atención en deseos políticos contrarios al bien público; impulsa a los gobernantes a establecer en la sociedad una igualdad que es absolutamente impracticable" (170).

"... el sistema de política en el que los intereses generales estuvieran dirigidos por los hombres más capaces, en las ciencias de observación, en las bellas artes y en las combinaciones industriales: el mejor sistema social que la especie humana puede alcanzar, puesto que es el que contribuiría más directamente y más eficazmente a la mejora moral y física de la existencia de los pobres" (170).

"Los cleros deben... fijar la atención de sus oyentes sobre este hecho... que los ricos, acrecentando la felicidad de los pobres, mejorarán su propia existencia" (122-3).

"Los nuevos cristianos... no deben emplear más que las fuerzas de su inteligencia para hacer adoptar su doctrina" (178). "... en ningún caso,

se les verá emplear la fuerza física contra sus adversarios" (179).

"Después de haber encontrado el medio de rejuvenecer el Cristianismo haciendo sufrir una transformación a su principio fundamental, mi primer cuidado ha sido, ha debido ser, tomar todas las precauciones necesarias para que la emisión de la nueva doctrina no llevase a la clase pobre a actos de violencia contra los ricos y contra los gobiernos". "Me he debido dirigir en primer lugar a los ricos y a los poderosos para disponerles favorablemente a la nueva doctrina, haciéndoles sentir que no era contraria a sus intereses, puesto que era evidentemente imposible mejorar la existencia moral y física de la clase pobre por otros medios que los que tienden a dar crecimiento a los goces de la clase rica" (179).

"He debido hacer sentir a los artistas, a los sabios y a los jefes de los trabajos industriales que sus intereses eran esencialmente los mismos que los de la masa del pueblo; que pertenecían a la clase de los trabajadores, al mismo tiempo que eran sus jefes naturales... He debido insistir mucho sobre este punto, habida cuenta que es de la mayor importancia, puesto que es el solo medio de dar a las naciones guías que merezcan verdaderamente su confianza, guías que sean capaces de dirigir sus opiniones y de ponerlas en estado de juzgar sanamente las medidas políticas que son favorables o contrarias a los intereses del mayor número. Finalmente he debido hacer ver a los católicos y a los protestantes la época en la que habían errado el camino, a fin de facilitarles los medios de volver a entrar en el bueno. Debo insistir sobre este punto, porque la conversión de los cleros católico y protestante daría potentes apoyos al Nuevo Cristianismo" (180).

JOSÉ MANUEL ZUBICOA

LA RELIGION DE LA HUMANIDAD

La Filosofía Positiva de Augusto Comte constituye la base preliminar para el Sistema de Política Positiva, la cual no es otra cosa sino lo que él llama "Tratado de Sociología para instituir la *Religión de la Humanidad*". Éste es el fin del vasto proyecto positivista en la mente de su fundador y de sus innumerables seguidores no sólo en Francia y Europa sino, sobre todo en América (E.E.UU., Brasil, Méjico, etc.).

Si la filosofía de la modernidad estuvo implícitamente impulsada por un intento de reducción del saber salvífico de la religión a una sabiduría "a la medida del hombre", en la época contemporánea, desde el idealismo alemán y desde el positivismo francés el sentido del "saber total" va dirigido a absorber toda dimensión humana —incluida sobre todo su ineludible tendencia hacia Dios— en una bestial organización política totalitaria, que divinza a la colectividad, en la que cada individuo desaparece para ser sólo un órgano o miembro de ella. Como dice el propio Comte, en la etapa primera la humanidad adora a Dios (teología), en la segunda adora la Naturaleza (metafísica) y en la tercera y última de las etapas de su desarrollo intelectual y moral, la humanidad adora a la *Humanidad* (positivismo). Aquí se consuma la plenitud de cuantos esfuerzos han desplegado los hombres durante toda su historia. No se trata de negar ninguno de los momentos históricamente pujantes: fetichismo, politeísmo, monoteísmo en cualquiera de sus religiones o herejías, ni tampoco el momento científicista en cualquiera de las ramas de la ciencia, sino de asumirlas todas para predisponerse a la más grande *organización social*.

El lema de Comte es el de "Orden y Progreso" que significa asumir la concepción teológica con la filosófica en la organización científica-industrial-económica. Él llama a sus filas a los conservadores y revolucionarios, para superar la antítesis de los partidos políticos. Siente horror a la "oposición" (parlamentarismo británico) y admira a la "dictadura" (Napoleón III y el zar Nicolás I). Aspira a la unión de Europa, como la unión de la República Occidental y sostiene que el proletariado y las mujeres serán los más activos propagadores del positivismo en lo que éste tiene de regeneración material y moral.

Su divisa es "Vivir para los demás", es decir, el

altruismo que debe superar la concepción íntimamente "egoísta" de la religión cristiana. Ello requiere precisamente sentir el dominio absoluto y fatal del *Gran Ser* que es la Humanidad (compuesta de vivos, muertos y los que están por nacer). Viene a completar lo que S. Pablo entrevió, pero que por su pertenencia al cristianismo, esencialmente egoísta, no podía consumir. Hay que dar el paso desde la doctrina del cuerpo místico de Cristo a la concepción Pan-Humanista.

Un fuerte sentido de la autoridad en el seno de la familia, de la nación y de la comunidad mundial, con una jerarquizada institución sacerdotal que cuida del adoctrinamiento científico-político-religioso, constituye, junto al desarrollo industrial, las bases necesarias para que la comunidad humana alcance su pleno desarrollo y felicidad.

Comte representa, en definitiva, el ideal hoy tan extendido en Occidente de una sociedad opulenta, industrial, ordenada, que se enfrenta, a la vez, a "lo retrógrado y a lo anárquico" y que desprecia tanto a los deístas como a los ateos, porque no han sabido superar toda inclinación reverencial hacia Dios o se empeñan en combatir lo que sólo ha sido un momento necesario en la evolución de la humanidad.

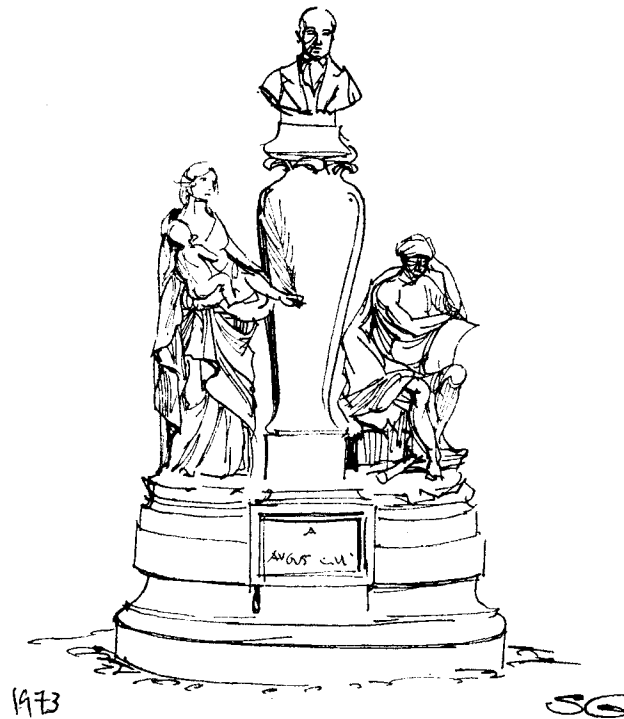
El ideal de Comte, podríamos decir, es el de una nueva Edad Media, pero puesta del revés. De la Cristiandad medieval queda la organización, el poder espiritual, el sentido de la moral y la perfecta armonía entre el cuerpo y el espíritu, pero donde está Dios deberá estar el Gran Ser y donde la destinación al Reino del Padre, un paraíso terrenal. Ésta es la filosofía que subyace al programa político de los partidos "conservadores" cuyo lema explícito o implícito es el de "Orden y Progreso". Comte, admirador de De Maistre y discípulo de Saint-Simon, constituye uno de los hombres más influyentes en la moderna política occidental y expresa, en muchos sentidos, el sentimiento ideológico que la inspira, porque él mismo contribuyó a divulgarla.

Pero esta ideología tiene un trasfondo, o mejor, una base filosófica en la que se apoya. Esto es lo que queremos poner de relieve al referir algunos textos de su vasta producción literaria. No es lícito separar un programa socio-político del espíritu que la inspira ale-

gando “arrebatos místico-panteístas” de un autor cuya obra se considera “científica”. Por el contrario, como advertía Donoso Cortés, contemporáneo de Comte, detrás de todo problema político hay un problema teológico que lo justifica y alienta. El fundamento del ideal único y exclusivo de “mejorar” la *colectividad*

humana, es una religión que adora a la Humanidad como única totalidad existente. Qué queda del hombre individual y concreto, de sus derechos, de su libertad, de su aspiración a algo verdaderamente superior, es lo que puede comprobarse en estos textos escogidos de Comte.

JOSÉ M.^a PETIT



Monumento a Augusto Comte

PLAN POLÍTICO DEL POSITIVISMO. LA SOCIOCRACIA

“En nombre del pasado y del porvenir, los servidores teóricos y los servidores prácticos de la HUMANIDAD viene a tomar dignamente la dirección general de los asuntos terrestres, para construir por fin la verdadera providencia moral, intelectual y material; excluyendo irrevocablemente de la supremacía política a todos los diversos esclavos de Dios, católicos, protestantes o deístas, como retrógrados a la vez que perturbadores.” Tal fue la proclama decisiva con que en el palacio-Cardenal terminé, el domingo 19 de octubre de 1851, después de un resumen de cinco horas, mi tercer *Curso filosófico sobre la historia general de la Humanidad*.

..
Venimos, pues, abiertamente a libertar al Occidente de una democracia anárquica y de una aristocracia retrógrada, para constituir en tanto sea posible, una verdadera sociocracia que haga sabiamente concurrir a la común regeneración todas las fuerzas humanas, aplicadas siempre cada una según su naturaleza.

(*Catecismo positivista*, tomo I, comienzo del Prefacio).

LA SOCIABILIDAD SE FUNDA EN LA DESAPARICIÓN DE LA PERSONALIDAD

Una apreciación más íntima y extensa, a la vez práctica y teórica, representa al espíritu positivo como el único susceptible, por su naturaleza, de desarrollar directamente el sentimiento social, primera base necesaria de toda moral sana. El antiguo régimen mental no podía estimularlo más que con ayuda de penosos artificios indirectos, cuyo éxito real había de ser muy imperfecto, por la tendencia esencialmente personal de tal filosofía.

...

Una tendencia tan deplorable, y, no obstante, tan constante, debe de tener raíces más hondas que las que se suponen de ordinario. Resulta sobre todo, en efecto, de la naturaleza necesariamente personal de tal filosofía, que, limitada siempre a la consideración del individuo, nunca ha podido abarcar realmente el estudio de la especie... Sus fórmulas ordinarias no hacen más que traducir ingenuamente su espíritu fundamental; para cada uno de sus adeptos, el pensamiento dominante es constantemente el del yo; todas las demás existencias, sean cualesquiera, incluso humanas, se envuelven confusamente en una sola concepción negativa, y su vago conjunto constituye el no-yo; la noción del nosotros no podría encontrar aquí ningún lugar directo y distinto.

...

Pero, examinando esta cuestión aún con mayor profundidad, hay que reconocer que, en este aspecto como en todos los demás, la metafísica deriva, tanto dogmática como históricamente, de la teología misma, de quien nunca podrá constituir más que una modificación disolvente. En efecto, ese carácter de personalidad constante pertenece, sobre todo, con una energía más directa, al pensamiento teológico, siempre preocupado, en todo creyente, de intereses esencialmente individuales, cuya inmensa preponderancia absorbe por necesidad toda otra consideración, sin que la más sublime entrega pueda inspirar su verdadera abnegación, considerada justamente entonces como una aberración peligrosa.

...

Por otra parte, se puede perfectamente presumir que esta continua costumbre de cálculos personales acerca de los más caros intereses del creyente ha desarrollado en el hombre, incluso desde un punto de vista completamente distinto; por vía de afinidad gra-

dual, un exceso de circunspección, de precaución, y por último, de egoísmo, que su organización fundamental no exigía, y que desde entonces podrá algún día disminuir bajo un régimen moral mejor. Sea lo que quiera de esta conjetura, sigue siendo indiscutible que el pensamiento teológico es, por su naturaleza esencialmente individual, y nunca directamente colectivo. A los ojos de la fe, sobre todo monoteísta, la vida social no existe, por falta de un fin que le sea propio; la sociedad humana no puede entonces ofrecer inmediatamente más que una mera aglomeración de individuos, cuya reunión es siempre tan fortuita como pasajera, y que, ocupados cada uno de su sola salvación, no conciben la participación en la del prójimo sino como un poderoso medio de merecer mejor la suya, obedeciendo a las prescripciones supremas que han impuesto esa obligación.

...

El espíritu positivo, por el contrario, es directamente social, en cuanto es posible, y sin ningún esfuerzo, como consecuencia de su misma realidad característica. Para él, el hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad, desde cualquier punto de vista que se lo mire. Si la idea de *sociedad* parece todavía una abstracción de nuestra inteligencia, es, sobre todo, en virtud del antiguo régimen filosófico; pues, a decir verdad, es a la idea de *individuo* a quien pertenece tal carácter, al menos en nuestra especie.

(Discurso sobre el espíritu positivo, cap. III páginas 138-143.)

Para caracterizar mejor esta atribución decisiva, creo deber, hija mía, indicaros ante todo la estadística normal del patriciado para todo el Occidente. Dos mil banqueros, cien mil comerciantes, doscientos mil fabricantes, y cuatrocientos mil agricultores, suministran un número de jefes industriales suficiente a los ciento veinte millones de habitantes que componen la población occidental. En este corto número de patricios se hallarán concentrados todos los capitales occidentales, cuya activa aplicación deberán libremente dirigir bajo su constante responsabilidad moral, en provecho de un proletariado treinta veces más numeroso.

En cada república particular, el gobierno propiamente dicho, es decir, el supremo poder temporal, pertenecerá naturalmente a los tres principales ban-

queros, respectivamente dedicados con preferencia a las operaciones comerciales, manufactureras y agrícolas. A estos doscientos triunviros, deberá pues el sacerdocio occidental, dirigido por el Gran Sacerdote de la Humanidad, someter dignamente las reclamaciones legítimas de un inmenso proletariado. La clase excep-

cional, que contempla habitualmente el porvenir y el pasado, aplica entonces al presente toda su solicitud, hablando a los que viven en nombre de los que vivieron y para los que vivirán.

(Catecismo positivista, tomo III, diálogo 11, páginas 69-70).

LA RELIGIÓN LIGA AL HOMBRE CONSIGO MISMO, AL MOSTRARLE SU ABSOLUTA DEPENDENCIA DE UN INMUTABLE ORDEN EXTERIOR

En este tratado la religión será siempre caracterizada por el estado de plena armonía propio de la existencia humana, tanto colectiva como individual, cuando todas sus partes estén dignamente coordinadas... la religión constituye pues, para el alma, un consensus normal exactamente comparable al de la salud respecto al cuerpo... Una tal definición excluye toda pluralidad; de manera que en adelante sería tan irracional suponer varias religiones como varias clases de salud.

(Sistema de política positiva, tomo II, p. 8).

Mientras que la armonía moral se establece subordinando el egoísmo al altruismo, la coherencia mental descansa sobre la preponderancia del orden exterior... Al mismo tiempo esta economía exterior deviene la base directa de nuestra conducta, siempre destinada a soportarla dignamente o a modificarla sabiamente. El ser se encuentra así ligado, hacia dentro de sí y hacia fuera, por la entera convergencia de sus sentimientos y de sus pensamientos hacia la fuerza superior que determina sus actos. Entonces hay verdaderamente *religión*, es decir, unidad completa, al estar los impulsos internos coordinados entre sí, y su conjunto libremente sometido a la fatalidad exterior.

(Ibid., p. 18.)

Toda la eficacia religiosa del orden exterior descansa sobre todo sobre la invariabilidad natural de sus diversas condiciones fundamentales, enteramente independientes de nosotros, incluso cuando estas condiciones nos conciernen directamente... Esta obligación de conformar nuestros actos y nuestros pensamientos a una fatalidad exterior, lejos de entorpecer nuestra evolución real, constituye la primera condición general del perfeccionamiento humano... En primer lugar la sumisión forzosa que inspira esta fatalidad exterior secunda en gran manera el despliegue espontáneo de los instintos simpáticos al reprimir el conjunto de nuestras tendencias personales... Este freno universal constituye, en todos los

aspectos, la primera base de una moralidad duradera al obligarnos a buscar fuera de nosotros los fundamentos de nuestra propia conducta. La quimérica independencia soñada por el orgullo metafísico determinaría bien pronto una incurable preponderancia de la personalidad.

...
La existencia de un orden inmutable constituye pues la primera base, a la vez espontánea y sistemática de la verdadera religión. Este dogma fundamental sin el cual la unidad humana sería imposible, debe ser mirado como la más preciosa adquisición de nuestra inteligencia al describir, fuera de nosotros, el único punto de apoyo sólido que requiere el conjunto de nuestra naturaleza individual o colectiva. La teoría positiva de la religión tiene pues necesidad de caracterizar esta construcción, a la vez objetiva y subjetiva, que sistematiza finalmente el gran dualismo filosófico, al unir irrevocablemente el hombre y el mundo...

(Ibid., p. 28-30).

Un estudio profundo del orden universal nos revela la existencia preponderante del verdadero Gran-Ser que, destinado a perfeccionarle sin cesar conformándose siempre a él nos representa mejor el verdadero conjunto. Esta indiscutible providencia, árbitro supremo de nuestra suerte, deviene naturalmente el centro común de nuestros afectos, de nuestros pensamientos y de nuestras acciones. Aunque este Gran-Ser sobrepasa evidentemente toda fuerza humana, incluso colectiva, su constitución necesaria y su destino propio le hacen eminentemente simpático hacia todos sus seguidores. El menor de entre nosotros puede y debe aspirar constantemente a conservarle e incluso a mejorarle. Este fin normal de toda nuestra actividad, privada o pública, determina el verdadero carácter general de nuestra existencia, afectiva y especulativa, siempre destinada a amarle y a conocerle a fin de servirle dignamente por medio del sabio empleo de todos los

medios de que él nos provee. Recíprocamente, este continuo servicio consolidando nuestra verdadera unidad, nos hace a la vez mejores y más felices. Su último resultado necesario consiste en incorporar-nos irrevocablemente al Gran-Ser, del que hemos de este modo secundado el desarrollo. Tal es pues el espíritu general de la verdadera religión, indicado ya en mi discurso preliminar.

...

Este inmenso y eterno organismo se distingue especialmente de los otros seres por estar formado de elementos separables, cada uno de los cuales puede

sentir su propia cooperación y, por consiguiente, quererla o incluso rehusarla... Sus atributos esenciales y sus condiciones indispensables resultan de esta independencia parcial que permite un vasto concurso, pero también profundos conflictos. En una palabra, la principal superioridad del Gran-Ser consiste en que sus órganos son ellos mismo seres, individuales o colectivos. Todas sus funciones, afectivas, especulativas y activas, son pues ejercidas en última instancia por individuos cualesquiera, cuya libre intervención es indispensable, aunque cada rechace personal pueda ordinariamente encontrarse compensado por otros asentimientos.

(Sistema de política positiva, tomo II, pág. 59-60).

LA HUMANIDAD ES EL "GRAN-SER", QUE RIGE FATALMENTE LOS DESTINOS DE LOS HOMBRES

Esta apreciación final condensa, el conjunto de las concepciones positivas en la sola noción de un ser inmenso y eterno, la Humanidad, cuyos destinos sociológicos se desarrollan siempre bajo la preponderancia necesaria de las fatalidades biológicas y cosmológicas. En torno de este verdadero Gran Ser, motor inmediato de cada existencia individual o colectiva, nuestras afecciones se concentran tan espontáneamente como nuestras ideas y nuestras acciones. Su sola idea inspira directamente la fórmula sagrada del positivismo: *El Amor por principio, el Orden por base y el Progreso por fin.*

(Catecismo positivista, tomo I, Diálogo 1, p. 76.)

Para llegar a ella debéis, hija mía, definir primeramente la Humanidad como el conjunto de los seres humanos, pasados, presentes y futuros. Esta palabra conjunto os indica que no debe comprenderse en él a todos los hombres, sino solamente a aquellos que

son realmente asimilables por una verdadera cooperación a la existencia común. Aunque todos nacen necesariamente hijos de la Humanidad, todos no llegan a ser sus servidores, y muchos quedan en el estado parásito que solamente durante su educación pudo ser excusable.

(Catecismo positivista, tomo I, Diálogo 2.º, p. 90).

Aún bajo el egoísmo cristiano, que dictaba al duro San Pedro la máxima característica: Considerémonos sobre la tierra como extranjeros o desterrados, se ve ya al admirable San Pablo adelantar, por el sentimiento, el concepto de la Humanidad, en esta imagen conmovedora, aunque contradictoria: Todos somos miembros unos de otros. Sólo el principio positivista debía revelar el tronco único a que pertenecen necesariamente todos los miembros.

(Catecismo positivista, tomo I, Diálogo 2.º, p. 94).

EL POSITIVISMO, EN TANTO QUE NO RECONOCE LA EXISTENCIA DE DIOS, NO RECONOCE TAMPOCO LA EXISTENCIA DE NINGÚN DERECHO DEL HOMBRE

El positivismo no reconoce a persona alguna otro derecho que el de cumplir siempre su deber. En términos más correctos: nuestra religión impone a todos la obligación de ayudar a cada uno a desempeñar su función propia. La noción de derecho debe desaparecer del dominio político, como la noción de causa del dominio filosófico. Porque ambas se refieren a voluntades indiscutibles. Así todos los derechos suponen necesariamente una fuente sobrenatural, única que puede sustraerles a la discusión humana. Cuando

fueron concentrados en los jefes, implicaron verdadera eficacia social, como garantías normales de una indispensable obediencia, en tanto que duró el régimen preliminar, fundado sobre el teologismo y la guerra. Pero luego que al decadencia del monoteísmo los dispersó entre los gobernados, en nombre, más o menos distinto del mismo principio divino, se han hecho tan anárquicos de un lado como retrógrados de otro. Desde entonces no han conseguido por ambas partes sino prolongar la confusión revolucionaria; de suerte

que deben desaparecer por el común acuerdo de los hombres honrados y sensatos de un partido cualquiera.

El positivismo no admite jamás sino deberes en todos para con todos, porque su punto de vista, siempre social, no puede admitir noción alguna de derecho, constantemente fundado sobre la individualidad. Nacemos cargados de obligaciones de toda especie para con nuestros predecesores, nuestros sucesores y nuestros contemporáneos. No hacen luego sino desarrollarse o acumularse antes de que podamos prestar servicio alguno. ¿Sobre qué fundamento humano podrá, pues, asentarse la idea de derecho, que supondría racionalmente una eficacia previa? Sean cualesquiera nuestros

esfuerzos, la más larga vida bien empleada jamás nos permitirá devolver sino una porción imperceptible de lo que hemos recibido. No sería, pues, sino en virtud de una restitución completa como estaríamos dignamente autorizados a reclamar la reciprocidad de los nuevos servicios. Todo derecho humano es, pues, tan absurdo como inmoral. Puesto que no existen derechos divinos, esta noción debe disiparse completamente, como puramente relativa al régimen preliminar, y directamente incompatible con el estado final que no admite sino deberse en virtud de funciones.

(Catecismo positivista, tomo III, diálogo 11, páginas 57-59).

RÉPUBLIQUE OCCIDENTALE

Ordre et Progrès — Vivre pour autrui

SYSTÈME DE POLITIQUE POSITIVE

OU

TRAITÉ DE SOCIOLOGIE

Instituant la Religion de l'HUMANITÉ

PAR AUGUSTE COMTE

Auteur du Système de Philosophie Positive

L'Amour pour principe,
et l'Ordre pour base;
Le Progrès pour but.

TOME DEUXIÈME

CONTENANT LA STATISTIQUE SOCIALE OU LE TRAITÉ ABSTRAIT DE L'ORDRE HUMAIN

PRIX DE CE VOLUME : SIX FRANCS

PARIS

A LA LIBRAIRIE SCIENTIFIQUE-INDUSTRIELLE DE L. MATHIAS,
15, QUAI MALAQUAIS,
ET CHEZ CARILIAN-GOËURY ET VEUVE DALMONT
LIBRAIRES DES CORPS DES PONTS ET CHAUSSÉES ET DES MINES

Mai 1852

Soixante quatrième année de la grande révolution.

Portada del
Sistema de Política
Positivista

LA EDUCACION COMO RELIGION

La filosofía positivista pretende anular todo concepto de religión en cuanto a relación del hombre con un ser superior, cuya existencia niega. En la práctica, para el positivista, aunque no exista una razón de ser de las cosas sí existe una explicación de las cosas, un método de estudio que, a su pesar, se transforma en una nueva metafísica y en una nueva religión. Todo debe estar referido a este *algo* nuevo que da explicación de todo, que lo puede y en el que está el porvenir y la felicidad del hombre. De este modo el positivista se refiere a la ciencia, a la sociología, al trabajo como a una nueva metafísica y a una nueva religión. La filosofía positivista se transforma en la religión de la humanidad.

Algo semejante ocurre con el pragmatista para quien, no obstante, la verdad de una cosa está en su utilidad y es bueno aquello que es útil. Al igual que para el positivista la ciencia, la sociología, el trabajo son "verdaderos" porque pueden ser útiles. En esta línea se coloca el pensamiento de John Dewey (1859-1952) padre de la pedagogía moderna, para quien la filosofía se identifica con la teoría general de la educación en cuanto ética de la libertad democrática. Como norteamericano que es, recibió el influjo de un liberalismo materialista que hallaría su primera figura en el individualismo de Rousseau pero que él transforma en pragmatismo social. Puede afirmarse que la diferencia que se observa entre el espíritu de la Declaración de Independencia y la actual mentalidad americana, que no es poca, se debe al influjo de John Dewey.

Dewey está convencido de que los ideales del humanismo democrático sólo pueden realizarse a través de una educación que creará hombres nuevos y fundamentalmente prácticos, capaces de insertarse en el mecanismo del progreso social, cambiante en cada momento. No estamos ante un evolucionismo burdo. Dewey rechaza la evolución mecánica y fatalista conducida por una providencia material. No hay un progresismo desligado del hombre. Es precisamente el hombre quien con una actividad ininterrumpida, dentro de una gran unidad cósmica en continuo desequilibrio, encamina a la humanidad hacia su "punto

omega". Precisamente en esto radica la esencia del hombre, que lo es cuanto se inserta en la tensión general hacia el progreso y es capaz de determinar su propio destino, individual y social.

¿Qué es lo útil para el pragmatismo? sólo cabe una respuesta: el hombre es la medida de la autoridad. Lo verdadero, lo bueno, es aquello que es útil al hombre y a la colectividad para mantener el progreso exclusivamente terreno. La utilidad viene medida por el éxito, palabra que el mundo occidental va tomando cada día más como su razón de ser. Por tanto, sólo se concibe una educación que esté al servicio del éxito, para el desarrollo, para el progreso, sin ninguna norma moral. Dewey dice en *Democracia y Educación*: "toda educación que desarrolla la facultad de participar efectivamente en la vida social es moral. La cualidad moral y social de la conducta son, en último análisis, idénticas entre sí".

La Pedagogía de Dewey se resume en el "activismo" según el cual "el pensamiento no se ejercita fuera de la acción sino experimentalmente en la acción misma". Este activismo tiene tres facetas, bien definidas en un lenguaje que se va haciendo cada día más común y que es aceptado como solución de los problemas del desarrollo humano: Pedagogía activista, Escuela del trabajo y Educación social.

La influencia de Dewey en el campo de la pedagogía moderna ha sido extraordinaria. No sería exagerado decir que allí donde hay una ley de educación, un plan de estudios, está el pensamiento activista, naturalista, social y utilitarista de Dewey. Únicamente a modo de ejemplo citemos algunos pedagogos modernos que reconocen en su obra la influencia decisiva de Dewey: Anatoli Bassilievic Lunaciarski, que fue ministro de educación en Rusia entre los años 1917 y 1929; Kerchensteiner, de la Escuela del Trabajo; Kilpatrick, inspirador de los Proyectos de Trabajo; Ferrière, pionero de la Escuela Activista en Europa; Decroly, creador de los centros de interés e inspirador de una pedagogía que se resume en la frase: "Escuela por la vida y para la vida".

JOSÉ M.^a MUNDET

DEMOCRACIA MORAL Y EDUCACION *

Tan pronto como se desvaneció el primer entusiasmo por la libertad se percibió claramente la debilidad de la teoría en el aspecto constructivo. Abandonarlo todo meramente a la naturaleza no era, después de todo, sino negar la misma idea de la educación; era confiar en los accidentes circunstanciales. No sólo se requería algún método, sino también algún órgano positivo, algún agente administrativo para dirigir el proceso de la instrucción. Teniendo "el desarrollo completo y armónico de todas las capacidades" su contrapartida social en una humanidad ilustrada y progresiva, necesitaba una organización determinada para su realización. Los individuos particulares podían proclamar aquí y allí el evangelio, pero no podía realizar la labor. Un Pestalozzi podía intentar experimentos y exhortar a las personas filantrópicas dotadas de riqueza y poder a seguir su ejemplo, pero aun el mismo Pestalozzi vio que toda prosecución eficaz del nuevo ideal educativo requería el apoyo del Estado. La realización de la nueva educación destinada a producir una nueva sociedad depende, después de todo de las actividades de los Estados existentes. El movimiento en favor de la idea democrática llega a ser inevitablemente un movimiento en favor de las escuelas dirigidas y administradas públicamente.

(Democracia y educación)

* * *

¿Por qué los hombres se han vuelto tan adictos a los fines fijos y externos? ¿Por qué no se reconoce universalmente que un fin es un plan de la inteligencia para dirigir la acción, que sirve de instrumento para libertar y armonizar tendencias agitadas y divididas? La respuesta hállase virtualmente contenida en lo que anteriormente se dijo acerca de los hábitos rigurosos y su efecto sobre la inteligencia. Los fines son, de hecho, literalmente interminables, y eternamente salen a la existencia siempre que nuevas actividades producen nuevas consecuencias. "Fines interminables" es un modo de decir que no hay fines, es decir, que no existen finalidades fijas encerradas en sí mismas.

(Naturaleza y conducta Humana)

* * *

Si observamos que la moral se halla en su elemento, allí donde se hallan envueltas consideraciones acerca de lo peor y lo mejor, estamos obligados a advertir que la moralidad es un proceso continuo, no

* Con este título presentamos una serie de fragmentos de diversas obras de John Dewey.

una realización fija. La moral significa progreso de la conducta en significado; por lo menos significa esa clase de expansión de significado que es consecuencia de las observaciones de las condiciones y resultados de la conducta. Es igual que crecimiento. Progreso y crecimiento son un mismo hecho desarrollado realmente o concentrado en el pensamiento. En el más amplio sentido de la palabra, la moral es educación. Es aprender el significado de aquello de que tratamos y utilizar ese significado en la acción. El bien, la satisfacción, el "fin" del progreso de la acción presente en matices y extensión de significado, es el único bien a nuestro alcance, y el único, por consiguiente, para el que existen responsabilidades. El resto es suerte, fortuna. Y la tragedia de las nociones morales, sobre las que más insiste el moralmente esciente, es la relegación del único bien que puede plenamente elevar al pensamiento, o sea, el significado presente de la acción, al rango de un bien remoto, ya se defina este bien futuro como placer, perfección, salvación o adquisición de un carácter virtuoso.

(Naturaleza y conducta Humana)

* * *

Tal vez ocurra que los síntomas de decadencia religiosa, tal como, convencionalmente, se interpretan, sean síntomas de la llegada de una religión más plena y más profunda. No pretendo saberlo. Pero sí estoy seguro de una cosa: nuestras corrientes opiniones acerca del alza y baja de la religión son sumamente convencionales, basadas, en su mayor parte, en la admisión de un tipo de religión que es producto de aquellas cosas de las religiones históricas que, precisamente, están dejando de ser creíbles. En lo que respecta a la educación, los que creen en la religión como expresión natural de la experiencia humana, deben consagrarse al desarrollo de las ideas de la vida que están implícitas en nuestra ciencia todavía nueva, y en nuestra democracia, aún más nueva. Deben interesarse en la transformación de aquellas instituciones que llevan todavía el sello dogmático y feudal (¿y cuáles no lo llevan?), hasta que estén de acuerdo con estas ideas. En el cumplimiento de esta función, es oficio suyo hacer todo cuanto puedan para evitar que los órganos públicos educativos, se utilicen de forma que impidan el reconocimiento del valor espiritual de la ciencia y de la democracia, y, por tanto, el de ese tipo de religión que será el bello adorno de la realización del espíritu moderno.

(La religión y nuestras escuelas)

QUARTA ESTACIO

Jesús trova a la seva Mare

Tot començant la dolorosa caminada,
Mare i Fill s'han contemplat.
Si jo pogués posar-me al mig d'eixa mirada,
ploraria mon pecat!

Veient en els ulls de la Mare dolorida,
el Fill coronat d'espines,
i en els teus, Jesús, la teva Mare ferida,
veient-te a Tù, com camines!

Oh com em doldrien tots els pecats começos,
i el temps perdut sense amar,
al mirar-me els ulls de la Mare tan encesos,
tan tristos de tan plorar!

I els ulls de Jesús condemnat a morir en Creu!
Els ulls que per Tù sofriren!
Els ulls que prengué, de Maria, el Fill de Déu!
Ulls tots plens d'amor quan miren!

Es l'amorós mirar que mirarà a Dimas,
quan serà cruxificat,
que ara, engoixós, et demana si l'estimes,
que et diu que estàs perdonat!

M. M. DOMENECH I.

LA ENSEÑANZA DE PAULO VI SOBRE EL INFLUJO DE SATANAS EN PLENA CONSONANCIA CON EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Cuando Su Santidad el Papa Pablo VI, en su histórica homilía de la Fiesta de san Pedro y san Pablo del año 1972, denunció clara y decididamente, como clave explicativa de la actual situación de la Iglesia posconciliar, la obra nefasta del Demonio, tuvo buen cuidado de añadir que la presencia y la acción del Demonio en la Iglesia y en las almas, es un verdad de fe; y aseveró que nos consta, con toda certeza y evidencia, en el Evangelio.

Lo hizo muy brevemente. Y por lo mismo, será oportuno demostrar aquí que ésta tan grave enseñan-

za de Pablo VI está en absoluta consonancia con el Magisterio anterior de la Iglesia.

A este fin, expondremos las cuatro siguientes cosas: que dicha enseñanza de Pablo VI tiene una perfecta coherencia con el Concilio; que igual doctrina enseñaron otros Papas precedentes; que se funda sólidamente en la revelación divina, y de un modo singular en san Pablo; y que, sobre todo, es doctrina que hemos recibido de labios del mismo Jesús, Maestro de la verdad, Luz del mundo.

I PERFECTA COHERENCIA CON EL CONCILIO

En la Constitución "Gaudium et spes", sobre la Iglesia en el mundo actual, nos dice el Concilio que Jesucristo rompió el poder del Demonio, que esclavizaba al mundo. He aquí sus magníficas palabras: "Tiene, pues, ante sí la Iglesia al mundo; esto es, la entera familia humana, con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del Demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino, y llegar a su consumación" (n. 2, 2).

Y en el n. 13, 2: "Pero el Señor vino en persona para liberar al hombre y fortalecerle, renovándole interiormente, y arrojando fuera al Príncipe de este mundo, que lo retenía en la esclavitud del pecado".

Más adelante, en el n. 37, 2, nos traza el Concilio la realidad innegable de nuestra lucha continua contra el poder de las tinieblas: "Una dura contienda contra los poderes de las tinieblas se extiende a través de toda la historia humana; batalla que, empezada desde el principio del mundo, se prolongará hasta el último día, según el aviso del Señor. El hombre, inmerso en esta batalla, tiene que combatir continuamente para seguir el bien; y sólo con grandes trabajos, y con la

ayuda de la gracia de Dios, puede obtener la unidad dentro de sí mismo".

Con más brevedad, pero con aserción muy categórica, nos dice el Concilio lo mismo en el Decreto "Ad gentes", sobre la actividad misionera de la Iglesia: "Para establecer la paz y comunión con Él, y armonizar una sociedad fraterna entre los hombres pecadores, decretó Dios entrar en la historia de los hombres, de modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en nuestra carne, para arrancar, por medio de Él, a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás; y reconciliar el mundo consigo, en Él" n. 3, 1).

En la Constitución "Lumen gentium", sobre la Iglesia, exhorta el Concilio a los seglares cristianos a la lucha contra los espíritus malignos, con estas vibrantes palabras: "Ellos también (los seglares cristianos) se muestran como hijos de la promesa, cuando, fuertes en la fe y en la esperanza, aprovechan el tiempo presente, y esperan con paciencia la gloria futura. Pero que no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifestándola en conversión continua, y en la lucha 'contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos' (Eph., 6, 12), incluso a través de las estructuras de la vida secular" (n. 35, 1).

Y como maravilloso y confortador ejemplo para esta lucha, la victoria de la Virgen María sobre Sa-

tanás: “Estos primeros documentos (los de la antigüedad cristiana), tal como se leen en la Iglesia, y se comprenden cada vez con mayor claridad, bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, iluminan la figura de la Mujer, Madre del Redentor; y Ella misma, bajo esta luz, es insinuada proféticamente en la

promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres, caídos en pecado” (L. G., n. 55).

Tal es la doctrina del Concilio, con la cual, como se ve, concuerda plenamente la enseñanza de Pablo VI, en su homilía del día de San Pedro.

II DOCTRINA DE SUMOS PONTIFICES ANTERIORES

A su vez, el Concilio Vaticano II está en la misma línea doctrinal que los Papas anteriores. Y no podía ser menos; ya que en este punto, como todos los demás, son muy verdaderas y oportunas estas palabras del mismo Pablo VI: “Las enseñanzas del reciente Concilio no las debemos separar del patrimonio doctrinal de la Iglesia; antes bien, hemos de tratar de ver cómo se insertan en él; pues las enseñanzas del Concilio son testimonios, explicaciones, incrementos y aplicación de dicho patrimonio doctrinal. Por ello, cuando las *novedades doctrinales* o *normativas* del Concilio aparecen en sus justos límites y en su verdadero sentido, no crean objeciones ningunas con respecto a la fidelidad de la Iglesia a su función didascálica; y reciben de la Tradición ese verdadero significado, que las hacen resplandecer con luz superior” (Aloc. en la audiencia general de 12 de enero de 1966).

Muchas veces nos han recordado los Sumos Pontífices la verdad de la persona y de la acción del Demonio, como enemigo nuestro; y repitiendo las palabras de san Pedro, han exhortado a vivir para no dejarnos sorprender por los engaños del Diablo, y para resistirle con las armas de una fe viva y constante. Aduciremos algunos pocos testimonios, por vía de ejemplo.

Ya en la antigüedad, san León I, el Magno, que es el Sumo Pontífice que con más frecuencia, sabiduría y plenitud de doctrina ha declarado la verdad de fe de la obra malévola e insidiosa del Demonio, en contra de todo el género humano, dice, entre otros muchos pasajes: “Si el Hombre nuevo, Cristo, hecho a semejanza de la carne del pecado, no hubiese tomado nuestra baja condición; y el que es consustancial con el Padre, no se hubiese dignado ser consustancial con la Madre Virgen; y el que libre, sólo Él, de todo pecado, no hubiese unido consigo nuestra humana naturaleza; estaría aún sujeta universalmente la cautividad humana bajo el yugo del Diablo” (Epist. ad Pulcheriam Augustam).

Casi en nuestros tiempos, el inmortal Papa León XIII comienza así su admirable Encíclica “Hu-



León XIII

manus genus”, sobre la masonería y otras sectas hostiles a la Iglesia (20 de abril de 1884): “El humano linaje, después de haberse, por envidia del Demonio, miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos; de los cuales, el uno combate asiduamente por la verdad y la virtud; y el otro, por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad.

“El uno es el Reino de Dios en la tierra, es decir: la verdadera Iglesia de Jesucristo; a la cual, quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, debe servir a Dios y a su Unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el Reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehúsan obedecer a la ley

divina y eterna, y acometen empresas contra Dios mismo, o prescindiendo de Dios.

"Genialmente conoció y describió san Agustín estos dos Reinos, a modo de dos Ciudades, de contrarias leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra, con estas palabras: «Dos amores edificaron dos Ciudades; el amor de sí mismo, hasta el desprecio de Dios, edificó la Ciudad terrena; el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, la celestial»" (De Civ. Dei, I, XIV, c. 17).

Y al terminar su Encíclica, dice fervientemente, exhortando al recurso a la oración: "Tomemos por

nuestro auxilio y mediadora a la Virgen María, Madre de Dios; ya que Ella venció a Satanás, desde su Concepción purísima; y supliquémosle que despliegue su poder contra las sectas impías, en las que se ven claramente revivir la soberbia contumaz, la indómita perfidia y los astutos fingimientos del Demonio".

Más brevemente, y en nuestros mismos días, dijo el Papa Pío XII, en su discurso a "Pax Christi", del 12 de septiembre de 1952: "La Iglesia debe tener de continuo en cuenta los poderes tenebrosos que siempre han operado en su historia".

III FUNDAMENTO EN SAN PABLO

Tarea fácil sería presentar, como en un haz luminoso, las muchas y claras atestaciones de la divina Revelación, en ambos Testamentos, con las cuales la Palabra de Dios nos hace saber, sin género de duda, que existen los demonios; que son seres personales, seres espirituales, dotados de inteligencia y de voluntad libre; ángeles rebeldes, ángeles caídos; que por odio a Dios y envidia de los hombres, están constituidos en adversarios y enemigos enconados de Dios mismo, de Cristo, de la Iglesia, de cada una de las almas, y de todo el género humano.

Pero esto sería cosa larga. Nos ceñiremos, pues, a la doctrina de san Pablo, y aun a sólo dos pasajes de sus Cartas.

En su 1.ª Carta a los fieles de Corinto (c. 10, 14-22), quiere persuadirles que el comer de las carnes de las víctimas inmoladas a los ídolos, no sólo entraña peligro de idolatría, sino que es, en sí mismo, un acto de idolatría propiamente dicha. Y lo prueba por el principio general de que el comer las carnes de una víctima inmolada en un sacrificio, es asociarse al sacrificio mismo, y entrar en comunión con la divinidad, verdadera o falsa, en cuyo honor ha sido inmolada la víctima.

A la objeción que pudiera formularse, de que en los sacrificios gentílicos no existe objetivamente divinidad alguna, con la cual se pueda entrar en comunión, responde categóricamente el Apóstol que esos sacrificios, en realidad se ofrecían a los demonios, con los cuales, por medio del convite sacrificial de los manjares inmolados, se entraba en realísima comunión diabólica.

A tal extremo de audaz pretensión y de arrogante exigencias habían llegado los demonios en la antigüedad gentílica, que pretendiesen pasar por dioses, y ser adorados como auténtica divinidad; y a tal indignidad de sumisión de esclavos habían llegado los

gentiles, engañados y sojuzgados por los demonios, que les reconociesen como dioses y viviesen en nefanda comunión con ellos.

Más aún; para hacer ver san Pablo que por la comida sacrificial o convite sagrado, que instituyó Jesús en la última cena, y se perpetúa en la Santa Misa, entran los cristianos en comunión con el Cuerpo y Sangre del Señor; y mediante esto, con el mismo Cristo y su obra toda de redención y salvación; y por Cristo con el Padre; establece una analogía perfecta entre el convite sacrificial de la Eucaristía y el convite idolátrico; para probar que así como éste era una comunión con los demonios, así el Eucarístico es una comunión con Cristo; una plena participación del Sacrificio de Cristo, por la unión con Él.

Y ¿por qué el banquete idolátrico pone al que de él participaba en comunión con los demonios? Porque el banquete sacrificial es una extensión y consumación del sacrificio mismo idolátrico, ofrecido, en realidad, a los demonios. En efecto; por medio de la comida de las carnes inmoladas, o sea por medio del convite sacrificial, entra el que las come en comunión con la víctima; por la víctima, con el sacrificio; por el sacrificio, con la religión, de la que el sacrificio es la expresión principal y acto supremo de culto; y por la religión, con la divinidad en cuyo honor se ha ofrecido.

Más importante y decisivo para la doctrina de la fe respecto de la existencia y acción maligna de los demonios, y para la práctica de nuestra vida cristiana en la lucha para resistirles, es el otro pasaje de san Pablo que deseábamos aducir. Es de su Carta a los fieles de Éfeso (c. 6).

Advierte el Apóstol a los seguidores y militantes de Cristo que esta vida presente en la tierra, vida de prueba y de preparación para la vida eterna, es una vida de lucha; y les dice cuáles son los enemigos con-

tra quienes han de luchar. Hay una clase de enemigos que son los hombres perversos, los hombres mundanos, los entregados a las concupiscencias del mundo; y también cada uno, dentro de sí mismo, tiene por enemigos sus pasiones desordenadas, efecto del desorden del amor propio. Pero aun siendo esto así, les dice resueltamente san Pablo que no son todos esos los principales y más peligrosos enemigos contra los que hay que luchar; sino que lo son los espíritus malignos, los demonios; los cuales, a veces, se valen de hombres malos o de nuestras propias pasiones, para perdernos; pero que ordinariamente nos combaten de un modo directo con sus engaños y asechanzas.

Les habla así: "Por lo demás, confortaos en el Señor y en el poder de su fuerza. Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis sosteneros ante las

asechanzas del Diablo. Que no es nuestra principal lucha contra carne y sangre; sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas de este siglo; contra las huestes espirituales de la maldad, que andan en las regiones aéreas. Por eso, tomad la armadura de Dios, para que podáis oponer resistencia en el día malo, y, prevenidos con todos los aprestos, sosteneros".

Y después de mostrarles cuál ha de ser la armadura o panoplia del cristiano, termina: "embarazando en todas ocasiones el escudo de la fe, para que podáis extinguir todos los dardos encendidos de maligno" (el Diablo).

¿Quién no ve que al hablar san Pablo de los demonios, habla de seres personales, inteligentes, obstinados en su libre mala voluntad, y en contra siempre de los hombres, y más de los cristianos?

IV DOCTRINA RECIBIDA DE LOS LABIOS DE JESUS

Así lo expresó con atinado acierto el Papa Pablo VI, al denunciar la presencia y la actual acción del Demonio en la Iglesia.

Y ciertamente, en el Evangelio, más que en ningún otro libro de la divina Revelación; y de labios de Jesús, más explícita y plenamente que de nadie, tenemos revelada la existencia, la presencia, la acción del Demonio.

Para enseñanza y ejemplo nuestro, se dignó ser tentado nuestro Divino Salvador. Y ¿de quién? De Satanás; del mismo que nos había de tentar a nosotros; o, por orden suya, sus satélites, los demonios.

"Entonces Jesús fue movido por el Espíritu a subir al desierto, para que fuese tentado por el Diablo" (Mt., 4, 1). Y el Evangelio nos refiere las tres tentaciones de Satanás; que fueron para apartar a Jesús de su misión Mesianica; o, por lo menos, del modo de llevarla a cabo por la pobreza, la humildad, la obediencia; en una palabra, por la Cruz. Y también el Evangelio nos relata las tres respuestas victoriosas con que Jesús resistió a Satanás; y le dejó confundido y derrotado.

En Jesús no encontramos expresiones dubitativas sobre el poder de Satanás; o, como ocurre desdichadamente en nuestros días, sobre su mismo existencia. Si la Tradición cristiana ha hecho de la expresión "palabra del Evangelio", un sinónimo de "palabra totalmente verdadera"; nadie puede dudar de que Satanás existe, y de que su influjo en el mundo, por permisión divina, es terriblemente poderoso.

Tres veces emplea Jesús la significativa expresión

"Príncipe de este mundo", para designar al Demonio.

De los hechos prodigiosos de Jesús, hacen notar los Evangelistas el frecuente milagro con que libraba de los demonios a los posesos; y entre los poderes que dio a sus Apóstoles, uno muy principal fue que expulsasen a los demonios.

En la parábola del sembrador, es el Diablo quien, como dice Jesús, viene, y quita del corazón de algunos la palabra de Dios, no sea que, creyendo, se salven. Y en la parábola de la cizaña, es el Diablo el "enemigo que la siembra en el campo del Padre de familias.

También es el Diablo el que ganó el corazón de Judas Iscariote, induciéndole a que entregase a Jesús por traición.

Y en la descripción profética del Juicio final, la sentencia condenatoria de los réprobos es que, apartados para siempre de Jesús y de su Reino de eterna felicidad vayan al fuego eterno, preparado para el Diablo y sus ángeles rebeldes.

Finalmente, al aceptar Jesús voluntariamente su Pasión, y entregarse a los que iban a prenderle, junto a la entrada del huerto de Gethsemani, dijo solemnemente: "Ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas" (Lc., 22, 52); esto es, el poder de Satanás.

Con toda razón, el insigne Cardenal Enrique Newman, digno, según Pío XII, de ser declarado Doctor de la Iglesia, dijo con firme aseveración, y lo probó espléndidamente, que lo más sorprendente en la historia religiosa del mundo, es la acción decisiva realizada por Satán, permitiéndolo Dios en sus ines-

crutables designios, tanto en la caída de Adán y Eva, como en la vida y muerte de Jesucristo.

En un sentido realista entendemos la vida de Jesús, y, sobre todo, su muerte, si vemos en ellas la formidable batalla librada por Satán contra el Salvador de los hombres. Así se nos presenta más claramente la trágica grandeza del dogma cristiano. Satán, el homicida desde el principio, como le llama Jesús, alcanzó la cumbre de sus triunfos con la muerte del Divino Redentor; con el *deicidio*. Pero su triun-

fo se volvió contra él. Muriendo Cristo, le venció; la muerte, seguida de la resurrección de Cristo, fue la completa derrota del Demonio y la destrucción de su imperio.

El Discípulo amado, san Juan, que fue el que penetró profundamente, con mirada de águila, el misterio de la Encarnación y Redención, dio la última razón de uno y otro misterio, con estas palabras: "Con este fin se manifestó el Hijo de Dios, a saber: para destruir las obras del Diablo" (1 In., 3, 8).

CONCLUSION

Todo lo expuesto hasta aquí es de suma actualidad, si se recuerda que, dentro de la crisis de fe, que padecen hoy no pocos cristianos, tiene singular relieve el triste hecho de que en la mente de muchos se ha oscurecido la fe en el mundo angélico; la fe, primeramente, en la existencia y en la actividad personal y benéfica de los Angeles buenos, que por providencia inefable de Dios nos guardan y ayudan a los que somos sus hijos; y la fe, también y aun muchos más, en la existencia y acción personal de los ángeles malos, los demonios, que por misteriosa permisión de Dios, nos tientan y nos combaten.

Y este oscurecimiento en la fe del mundo angélico (nos ceñimos ahora a los ángeles malos), lleva a muchos cristianos a vivir como en una negación práctica de su existencia y acción perniciosa. Más aún; se apiñan de tal manera en la mente de algunos cristianos las densas tinieblas de una orgullosa visión de las cosas, que llegan a la negación positiva y sistemática de la existencia y acción diabólica.

Largo sería citar aquí textos de libros y revistas, como también recuerdos de conversaciones, en que se propugna esa atrevida negación. —Citemos un ejemplo.

Conversaba, no hace mucho tiempo, una joven religiosa (a estas horas, ya no lo es), con su Director espiritual, Sacerdote doctor, prudente y ejemplar; y en medio del diálogo, salta la pretenciosa y autosuficiente joven, diciendo: "no existen los Angeles". —Serenamente se mantuvo el Director en silencio unos instantes—; y después le preguntó: ¿tampoco los demonios? Y la joven: tampoco; existe tan sólo el *mysterium iniquitatis*. Y se quedó tan satisfecha. Más el Director, sin perder el dominio propio, le interrogó: pero ese misterio de la iniquidad ¿es personal, o no

lo es; lo constituyen personas, o no?; ¿es una fuerza ciega, impersonal; unos seres sin inteligencia ni voluntad libre; pero entonces no se comprende de ninguna manera cómo puedan obrar la maldad y maquinan, planear y llevar a cabo la iniquidad; —o bien ese misterio lo constituyen seres personales, inteligentes y libres, capaces de obrar y dirigir la iniquidad, que es lo que la fe nos enseña que son los demonios?—. No supo ni pudo responder a esto la joven; y, según la frase vulgar, se quedó pegada a la pared.

Por nuestra parte, podrá servirnos lo expuesto en este artículo, para afianzarnos en nuestra fe sobre la existencia realísima y la acción engañosa, maligna y funesta de Satanás y sus satélites, los demonios, en la Iglesia y en las almas, por misteriosa permisión divina. Y ya que hemos recordado las enseñanzas del Concilio; hemos oído las claras aseveraciones de Papas anteriores; nos ha iluminado con potente luz la divina Revelación, por boca especialmente de San Pablo; y, sobre todo, hemos recibido de labios de Jesús la innegable doctrina que funda nuestra fe; sintamos con Su Santidad, el Papa Pablo VI; y tengamos por seguro que estuvo muy en lo cierto al denunciar en su memorable homilía del día de San Pedro y San Pablo de 1972, que a través de alguna grieta, ha entrado el humo de Satanás en el Templo de Dios; y que si en vez del día de sol, que para la historia de la Iglesia esperábamos después del Concilio, ha venido un día de nubes, de tempestad y de oscuridad; es porque el poder adverso del Demonio ha venido al mundo, precisamente para sofocar y perturbar los frutos del Concilio Ecueménico. Pero no temamos; mantengámonos fuertes en la fe; pues el Señor sacará de este mal que está permitiendo, mayores bienes para su Iglesia.

V REUNION DE ESTUDIO SOBRE MAGISTERIO DE LA IGLESIA Y REINO DE JESUCRISTO

A lo largo de estos últimos cinco años se ha notado sensiblemente un aumento de interés por parte de los asistentes a estas reuniones que sobre el Magisterio de la Iglesia se vienen celebrando en San Sebastián organizados por el Círculo Católico Español de San Miguel. El tema que se ha tratado este año ha sido el de "LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS" que ha sido seguido con vivo interés no solo ya por la importancia del mismo sino por la autoridad y formación de los ponentes.

Se tocaron diversos aspectos relacionados con esta devoción, comenzando con las revelaciones del Corazón de Jesús en Paray-Le-Monial a Santa Margarita. Estas revelaciones si bien tienen mucha importancia en el desarrollo, afianzamiento y difusión de esta devoción, no es el fundamento de la misma ya que se encuentra en el núcleo central de la religión puesto que esta devoción representa el amor que Dios ha tenido a los hombres y la respuesta de éstos a Él.

Se estudiaron las dos facetas más importantes de esta devoción: la Consagración y la Reparación. Leeamos en la encíclica *Anum-Sacrum* que el fundamento de la consagración está en que "todas las cosas estén sujetas a Cristo en cuanto al poder aun cuando no lo estén todavía en cuanto al ejercicio de dicho poder". Y si todas las cosas deben de estar sujetas a Cristo, es porque Él es rey. "Príncipe de los reyes de la Tierra" le llama San Juan en el Apocalipsis y sobre sus vestiduras como sobre Él mismo pudo leer el Apóstol "Rey de los reyes y Señor de los señores". Y Cristo mismo afirmará "todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra".

Por lo tanto, Cristo tiene derecho, y es nuestro deber, que nos consagremos a Él como muestra de sumisión y homenaje a nuestro Rey. Pero no debemos

de olvidar que Cristo quiere esta sumisión no sólo para el hombre individual sino también para la sociedad en cuanto tal. "Jesucristo rey universal... y, por tanto rey de los reyes, rey de las sociedades, rey del orden político como del orden privado. Si Jesucristo es Rey universal ¿Cómo podría esa realeza no ser también realeza sobre las instituciones sobre el Estado: realeza social? ¿Cómo se la podría llamar universal sin ella". (1). Y del comportamiento de la sociedad para con Dios se podrán deducir las consecuencias. No tenemos más que mirar un poco por encima darnos cuenta de que estamos llenos de corrupción, guerras, odios, rencores etc. y todo esto por una razón muy simple: porque la sociedad se ha apartado de su Creador.

Recordemos estas palabras que hace un siglo pronunció el Cardenal Pie pero que por su actualidad podríamos decir fueron pronunciadas ayer: "Cuando el cristianismo de un país se reduce a las proporciones de la vida doméstica, cuando el cristianismo deja de ser el alma de la vida pública, del orden público, de las instituciones públicas, entonces Jesucristo trata a este país como le ha tratado a Él. Continúa otorgando sus gracias y sus favores a los individuos que le sirven, pero abandona las instituciones, los poderes que no le sirven; y las instituciones, los poderes, los reyes, las razas, se vuelven movedizos como la arena del desierto, caducos como esas hojas de otoño que se lleva cada sople de viento".

Es decir que en la entrega del hombre y de la sociedad a Dios reconociéndole como Señor y Rey está la solución de tantos y tan graves problemas de toda índole que acucian a la sociedad de hoy, y es

1. *Para que Él reine*, por Jean Ousset.

precisamente esta entrega lo que representa la Consagración al Corazón de Jesús. Además, Cristo tiene derecho a esta consagración: por nacimiento, pues es hijo de Dios, y por conquista pues murió en la cruz comprándonos con su sangre.

Decimos que esta Devoción tenía: también una segunda faceta: la de la Reparación. No es más que "el homenaje de pública satisfacción, o reparación como llaman, que hay que tributar al sacratísimo Corazón de Jesús". "Deben compensarse las injurias de cualquier modo inferidas al mismo Amor increado." Los motivos que nos obligan a esta reparación, son de justicia y de amor. "De justicia, para que la injuria cometida a Dios por nuestros crímenes sea expiada y el orden violado, sea restablecido por la penitencia; de amor para compadecernos con Cristo paciente y saturado de oprobios y ofrecerle algún consuelo en la medida de nuestra poquedad." "... A la consagración, pues, con que nos dedicamos a Él y somos apellidados sus consagrados, con la sanidad y estabilidad que, como enseña el angélico, es peculiar de la consa-

gración, hay que añadir una expiación tal que con ella sean totalmente destruidos los pecados" (encíclica *Misereudentissimus Redemptor*, Pio XI).

Finalmente se trató del culto del Sagrado Corazón de Jesús como síntesis de toda la religión, ya que la religión tiene su fundamento en la justicia, y nuestro deber de justicia, para con Dios es el deber del amor, deber que se ordena por la ley ya que "Si me amais, cumplid mis mandamientos", la ley es pues la ordenación de nuestra razón para nuestro mayor bien, que es el amor a Dios.

Se citaron las obras del P. Ramiere que indudablemente fue el teólogo inspirador y el cerebro apóstol de la Devoción al Corazón de Jesús durante el siglo XIX. Devoción que trató admirablemente en su obra "La divinización del Cristiano".

Se habló, por último, del apostolado de la oración que no es sino la aplicación concreta a nuestra vida cotidiana de la Devoción al Corazón de Jesús por medio de la Consagración diaria al Divino Corazón en el ofrecimiento de obras.

ANTONIO GIRBAU ORTEGA

"En materia política, comenzaron creando un antagonismo fantástico entre la *autoridad* y la *libertad*, pues en vez de suponerlas, como lo son, mancomunada y simultáneamente elementos y garantías del orden social, las proclamaron rivales perpetuas y enemigas naturalmente recíprocas, entre quienes debía ponerse alguna fuerza compensadora y moderadora, para que ninguna de ellas pudiese destruir a su adversaria. ¿Y qué hicieron? Para mermar la fuerza de la autoridad, fraccionaron el poder público; y para precaver los excesos de la libertad, fundaron una espantosa centralización política y administrativa. Fórmula de la primera hazaña, fue el ridículo axioma: *el rey reina y no gobierna*. Fórmula de la segunda fue el gran embuste de la *responsabilidad ministerial*. Con la primera de estas fórmulas, quedó en rigor anulada la autoridad política en su raíz, en el Jefe del Estado; y con la segunda quedó secuestrada la libertad civil en manos de Ministerios de partido que, so pretexto de estar obligados a responder de todo, necesitan absolutamente mandar del todo en todo. A este andamio de tiranía le llamaron los doctrinarios conciliación de la autoridad con la libertad."

(Fragmento de "El Catolicismo Liberal" de Gabino Tejado.)

¿DONDE VAMOS CATOLICOS?

Hace unos días me hallaba por tierras de Ceylán y Java.

Me coincidieron días domingo y tuve ocasión de cumplir con el precepto en iglesias de Kandy y Djogjakarta.

Entre semana visité otros templos, algunos no católicos especialmente budistas.

Se suele decir que las comparaciones son odiosas, pero no por eso dejamos de hacerlas aunque sea de manera inconsciente.

Comparando no acertaba a discernir cuanta hay podido ser la mejora para el Catolicismo en tierras de occidente, luego de tanta actualización, tanto progreso y tanta reforma como venimos sufriendo.

En Kandy, capital por espacio de más de cuatrocientos años del Reino de Ceylán, hoy en día llamado Sri Lanka, que es una bella ciudad situada en una altiplanicie a unos 700 metros sobre el nivel del mar, con profusión de verdor, variedad de árboles y gran riqueza de flores, hasta el extremo de que se dice que allí era donde estaba el Paraíso terrenal, los budistas representan el 85 % de la población, un 10 % los católicos y el resto de otras religiones.

Fui a Misa en la Catedral. Era una iglesia moderna, sin nada especial arquitectónicamente, en la que, como en la mayoría de los países tropicales, ventanas y puertas permanecen siempre abiertas de forma que los pájaros entran y salen, anidan y pían como si estuvieran en su casa. Con mente franciscana diríamos que realmente lo estaban.

La Catedral estaba repleta, como en nuestras iglesias de hace años; llenos los bancos, llenos los pasillos y lleno al fondo hasta rebosar por las puertas. Como cuando aquí éramos más retrógrados, antes de los avances y de la actualización post conciliar, además de estar repletas las iglesias, había recogimiento. ¡Qué atrasados! ¿verdad?

Me hacían recordar aquellas Misas de antaño en las que en los momentos solemnes y tras de ellos, mientras el celebrante musitaba en voz ténue las oraciones rituales, el feligrés rodeado de paz, silencio y quietud, se encontraba, meditaba sobre el Sacrificio, sobre su significado y trascendencia y se asociaba mentalmente al sacerdote, pidiendo o dando gracias según fuera el caso. Se hacían entonces cosas tan increíbles como arrodillarse en los puntos trascendentes de la Misa y hasta permanecer largos ratos arrodillados. Y hasta era posible recogerse, abstraídos, y

prepararse para recibir la Sagrada Comunión. ¡Cuanto atraso!

Todo ese oscurantismo hoy ya ha sido superado en occidente. Hoy se canta, se grita, se dialoga y se permanece alternativamente en pie o sentado, haciendo de paso un poco de gimnasia que también es sano.

En Kandy también fui a visitar el llamado Templo del Diente de Buda.

Cuenta la leyenda que, hacia la mitad del tercer siglo antes de Jesucristo, llegó a Ceylán un peregrino procedente del Norte de la India, de donde naciera y viviera Buda, que decía ser portador de un diente, un colmillo para ser más exactos del Iluminado.

El Gobernador de la región donde hoy se asienta Kandy no quiso creer la autenticidad de tal reliquia y para demostrar que aquella pieza dentaria nada valía la arrojó en medio de un montón de rojas ascuas, que de inmediato se convirtieron en blancas flores, de entre las que una sobresalía teniendo en el centro el colmillo intacto.

Obstinado el Gobernador, mandó traer un martillo con el que golpear el diente. El martillo se quebró al hacerlo y lo mismo les sucedió a otros dos martillos que sucesivamente se utilizaron, sin que al colmillo le pasase nada.

Entonces, saliendo a la calle, lo arrojó a un albañal que por allí discurría, y al instante las pútridas aguas se transformaron en blancas y perfumadas flores, emergiendo del corazón de una de ellas el colmillo.

El Gobernador se convirtió al budismo y mando que seguidamente se erigiese allí un templo para venerar la reliquia, como así se hizo y se sigue haciendo.

Con las naturales transformaciones, al cabo de veintidós siglos, allí sigue el Templo y allí, todos los días al atardecer, acuden los fieles para honrar la reliquia y rezar.

El ritual consiste simplemente en la ofrenda de un cestillo de blancas flores, en rememoración de aquellas otras del legendario suceso, que el monje actuante coloca en una especie de altar. Dicho sea de paso, los monjes budistas todavía no se han cambiado el característico hábito color calabaza por pantalón y camisa.

El acto en sí no tendría más importancia si no fuese por la forma y la entidad de los oferentes. Gentes de todas las edades, pero entre ellos cientos de jóvenes de uno y otro sexo, de entre quince y treinta años.

Entran en el Templo con el cesto de flores en la palma de las manos, ascienden absortos las escaleras que conducen al santuario, completamente ajenos a cuanto les rodea y concentrados en el acto que están realizando.

Al llegar al lugar de la ofrenda, luego de entregarla, se postran en el suelo, rodillas en tierra, y se doblan en símbolo de honor y acatamiento hasta tocar con la frente en dicha tierra durante unos segundos.

Luego se incorporan, hacen nueva reverencia, se retiran para dejar paso al siguiente, y se colocan de nuevo arrodillados en un rincón para dedicarse en medio de profundo silencio a la oración y meditación.

Ciertamente no cantaban, no dialogaban, ni se levantaban y se sentaban, y sin embargo daban una sensación de enorme espiritualidad, de una intensa vivencia interior, casi diría de un gran goce espiritual, pues luego se les veía salir contentos y alegres.

En la Catedral católica de Kandy también se podían ver multitud de jóvenes, hombres y mujeres, que devotamente rezaban plenamente absortos en su vida interior.

Pensé que ello podría tener causa en las probables creencias budistas de sus antepasados, y dado que el budismo es esencialmente espiritual, predicando el vencimiento de los deseos y la renuncia, que por ello

se facilitaría la actitud devota de aquellos conversos.

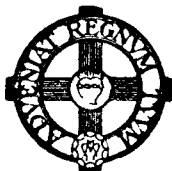
Pero al domingo siguiente me tocó oír Misa en Djogjakarta (Java). A diferencia de Ceylán, allí la religión predominante, con el mismo 85 %, es la musulmana, que a diferencia del budismo tiene un fondo mucho más sensual. Pues, no obstante, hallé igualmente la iglesia repleta a rebosar de gentes muy devotas, con profusión de jóvenes, que comulgaron con profunda reverencia la casi totalidad de ellos.

Desterradas las sotanas. Aligerados de imágenes los altares, más bien se diría suprimidas las imágenes, e introducido con profusión el canto colectivo, ¿qué ha ganado el catolicismo de occidente? Faltos de otro contenido litúrgico se comprende que algunos protestantes se limiten a cantar y predicar, pero ¿era ese nuestro caso?

Desde que todo esa se ha hecho, ¿hay más gente en las iglesias?; ¿se vé en ellas más concurrencia de juventud? que es lo que en definitiva da el nivel de religiosidad actual de un pueblo, pues los de más edad cabe sigan por sola inercia. ¿Se nota más devoción, más recogimiento, más oración íntima con Dios?

Que cada cual opine como le parezca correcto y encuentre las respuestas adecuadas. Por mi parte y en mi opinión las conclusiones son tales que me atrevería a desear que el espíritu innovador tarde el máximo en llegar a aquellas lejanas y felices tierras.

FERNANDO SERRANO
Director



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION A B R I L

GENERAL. — Que los sacerdotes representen eficazmente en el seno de la Iglesia el amor con el que Dios nos abraza en Cristo.

MISIONAL. — Que la juventud de Asia se haga enteramente consciente de su responsabilidad y busque en el Evangelio la solución de los grandes problemas.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXIX

LA GRAN GUERRA EN LA PRIMERA MITAD DEL AÑO 1918

Rusia. — La “paz de Brest Litowsk

Ya hemos descrito en nuestros anteriores artículos el derrumbamiento de Rusia, su revolución, y, por tanto, la desaparición de aquel frente.

Naturalmente, esto era una ventaja extraordinaria para Alemania, ya que había vencido a su enemigo el más numeroso, o sea el antaño inmenso Imperio del Zar, y parecía, por tanto, que quedaba libre para emplear, trasladándolo, todo su aguerrido y enorme Ejército del Este para volcarlo en el frente de Francia. Realmente, y en teoría, esto parecía, debía dar la victoria, por fin, a Alemania, y así hubiera sido si la entrada de Norteamérica no hubiese venido a compensar el hundimiento ruso. Y, aun y con dicha entrada, también Alemania hubiera podido, quizá, quedar vencedora de haber concluido sus hazañas rusas unos meses antes. Justo el tiempo de poder trasladar su ejército oriental y dar el golpe de gracia a los Aliados. Pero, cuando logró colocar sus tropas en Francia, ya la balanza estaba compensada por la aportación yankee.

El ejército alemán en Rusia se elevaba en activo a más de millón y medio de soldados. Pero, de hecho, ni la mitad de tan aguerridas divisiones pudieron trasladarse al frente de Francia.

Las razones fueron muchas. En primer lugar, como ya era de suponer, la falacia bolchevista. Su táctica consistía en mentir y ganar tiempo, aún y dentro del designio de paz que animaba a Lenin y a Trotzki, no ciertamente por buenos sentimientos, sino por el deseo de afianzar la Revolución, apenas afirmada. En 15 de diciembre se había concertado un armisticio en Brest-Litowsk, armisticio que fue, enseguida, alargado y “camuflado” primero al amparo de cualquier pretexto, y falseado después.

Ello obligó, durante mucho tiempo, al grueso de las tropas germánicas a permanecer en Rusia, hasta que, acabada su paciencia, volvieron éstas a su avance, con el fin de hacer entrar en razón a los bolcheviques. Ocuparon todas las provincias o futuros Estados bálticos —racialmente alemanes— como Estonia,

Letonia, etc., como lo habían hecho con Riga. Y toda la Ucrania y cuenca del Dnieper, Vilna, Minsk, Kiev. Lo mismo hubieron de hacer con la península de Crimea con el fin de ahuyentar los restos de la flota rusa, atrocemente revolucionaria, y asegurar las comunicaciones con la Rumania ocupada, los petróleos del Cáucaso y dominar, en beneficio de la ya entonces agonizante Turquía, el Mar Negro. Como si fuese poco, Alemania tuvo que emplearse en una cuestión —ésta sí hubiera sido buena política de haber mediado tiempo— algo romántica: el auxilio a Finlandia, país bastante afín al germano, y que solicitaba su ayuda para librarse de los Sovieticos. En fin: todo llevó a un empleo de muchas docenas de divisiones alemanas cuya actuación hubiera sido decisiva en el frente Occidental.

Con esto se llegó, tarde ya para los intereses tudescos —era el 3 de marzo de 1918— a la Paz de Brest-Litowsk, grande victoria germana en todos sentidos, pero que, repetimos llegaba tarde. Por esta Paz, la Rusia bolchevique reconocía nada menos que la independencia de Ucrania y de Finlandia, que de hecho se convertían, si no aliadas, en colaboradoras de Alemania; la restitución de Armenia a Turquía, la independencia de Georgia (la región petrolífera del Cáucaso y el libre acceso a estas regiones y sus pozos), la ocupación de Estonia y Livonia, y la cesión (¿se preveía su futura independencia?) de la antigua Polonia rusa, de Lituania y de Curlandia.

Grandes victorias, pero siempre demasiado tarde. Por el contrario, esta vez, también Rusia siempre con su inmensidad, aún cuando por el momento inerme, iba a tragar sin siquiera lucha, divisiones y trabajadores alemanes en el designio de correr a abastecerse en los graneros ucranianos y en las materias primas de tan vastas extensiones. La marea alemana se perdía en un ilimitado flujo, y ya no tendría tiempo para el necesario reflujo utilizando tan preciosas, numerosas y aguerridas tropas en el frente de Francia antes de la llegada americana.

Tal fue la Paz de Brest-Litowsk que la próxima derrota de Alemania había de anular a su vez.

La guerra en Francia en el primer semestre de 1918

Desde primeros de noviembre de 1917, se había hecho cargo de la Presidencia del Consejo de Ministros, en Francia, Clemenceau, de quien ya hemos hablado tanto, y del que hemos de volver, más adelante, de hablar. Enjuiciado ya, y objeto, en futuros artículos, de la atención que merece su nefasta figura, cúmplenos limitarnos en este momento, a los fines del presente artículo, a consignar que, en efecto, se había hecho cargo del mando político de su país en un momento difícilísimo, y en el que iba —propaganda y adulación aparte— a aportar, sus viejas energías. A su modo, y sin duda ninguna, iba a ser la única vez de su carrera en utilizarlas, siempre dentro de sus objetivos sectorios, en plan constructivo, no propiamente incendiario. A este fin se había “resignado” a llamarle al poder el Presidente Poincaré, que iba, por este hecho, a quedar en la penumbra ante la violenta figura del nuevo Jefe del Gobierno.

También, desde hacía unos meses, llevaba los destinos de la Gran Bretaña Lloyd George, del que nos hemos ocupado y ocuparemos tanto aún. “Mérito” de este galés, a su modo, iba a ser el de convencer, de alguna manera a su país —tan pérfido y terrible en algún aspecto, tan torpe y corto en otros—, que la Guerra universal que ya llevaba cuatro años, no era una guerra victoriana, al estilo de las del Sudán, sino una contienda trascendental en la que estaba vinculado —desde luego que para mal— el porvenir del mundo. No hay duda que la “impronta de Lloyd George fue esencialmente distinta de la de un Asquith por ejemplo, para citar al más clásicamente británico de sus antecesores próximos.

El binomio Clemenceau —Lloyd George (que luego en la nefasta época de Versailles se había de convertir en trinomio con Wilson), para la “causa” aliada, sin duda alguna, iba a aportar una política más decidida y enérgica, que contrastaba con el inevitable cansancio y desmoralización (la “puñalada por la espalda socialista”) que se advertía en los Centrales, incluso, y netamente, en la propia infatigable Alemania. Esto es, sin duda, cierto aún cuando luego haya sido orquestrado hasta lo sublime por la siempre eficaz propaganda aliada.

La llegada de las divisiones alemanas provenientes de Rusia se hizo fuertemente notar en el frente francés. Llegó un momento en que Alemania poseía 195 divisiones contra 162 aliadas, pero era cuando en todo Francia no se hallaban más que 200.000 soldados americanos, al comienzo de 1918. En julio de este mismo

año, habrían de contarse cerca de dos millones. Entre tanto, Alemania inició sus famosas 4 grandes Ofensivas del I Semestre de 1918, que tan a punto estuvieron de hundir el dispositivo aliado, y realizar en 1918 lo que llevara a cabo el alud de Hitler en 1940.

Las cuatro grandes ofensivas alemanas. El mando único aliado

A pesar de su gran interés, no puede ser objeto de estos artículos el detenernos en su descripción, más propio de los estudios de técnica militar. Todas ellas fueron fortísimas. Siempre el teatro predilecto por parte de los alemanes era la parte del Somme, donde se hallaban las tropas inglesas, menos amantes del sacrificio que las francesas, aparte del hecho de que, tratándose del lugar de conexión entre el frente inglés y el francés, ofrecía, por lo mismo un punto siempre débil.

Quizá, la más amenazadora de todas —puesto que aún los efectivos americanos eran incipientes— fue la que tuvo lugar entre el 20 de marzo y el 4 de abril. Los alemanes no solamente recuperaron todo o casi todo de cuanto habían evacuado el año anterior, sino que llegaron frente a Amiens, amenazando Compiègne, lugar predilecto como si no propiamente cuartel general, punto central para los ejércitos aliados. Una enorme brecha quedó abierta entre los ejércitos inglés y francés. De haber dispuesto los alemanes de algunas divisiones de caballería con que irrumpir en la brecha, hubieran rechazado a los ingleses hacia el Norte, y a los franceses hacia el Sur, realizando lo que las “panzer-divisionen” de Hitler habían de ejecutar en 1940. Y tan a punto de ello estuvieron, que los ingleses ya iniciaron, un movimiento de repliegue hacia el Canal de la Mancha.

Muchos pecados tienen los franceses; pero a honor de la verdad siempre les hemos compadecido al ver que han debido ser aliados y soportar a los ingleses. Algo de ello podemos asegurar los españoles, que aún no hemos podido esclarecer del todo si peor enemigo nuestro fue Napoleón o Wellington. A lo largo de la guerra del 14, la pobre Francia estuvo siempre con este “jay!”. Inmediatamente iban mal dadas, el ejército inglés —que, en su mentalidad insular paradójica siempre, aun cuando luchaba con todas las buenas y sobre todo malas artes, en algún modo, consideraba a sus tropas en el continente como un “ejército expedicionario” —miraba, sospechosamente hacia el Canal. Allí sabía que estaba su potente Navy, presta a recogerlo y volverlo a casa. Lo que efectuó el mando inglés

en 1940, estuvo a pique de avanzar, no escaso número de veces, entre 1914 y 1918, dejando a los franceses en la estacada.

Existía ya, antes de estas fechas, un Organismo militar de conexión como es natural, interaliado (cuya mayor efectividad había tenido lugar en otoño de 1917 al acudir en auxilio de Italia cuando lo de Caporetto), pero no pasaba de ser otra cosa que consultivo. Pero de mando único, ni hablar.

Las acometidas alemanas de 1918 hicieron el milagro. Sea como sea, en 26 de marzo de 1918 se reunieron en Doullens, cerca del frente, por parte francesa no menos que el Presidente de la República Poincaré, el del Gobierno Clemenceau, los generales Foch, Pétain etc. con su estado mayor, y, en fin, con retraso sobre el horario, como de mala gana, los ingleses, Lord Milner, el mariscal Douglas Haig y el General Wilson. No se hallaban los norteamericanos. Mas, cosa curiosa, éstos siempre habían sido dóciles. Habían venido a sacar las castañas del fuego a Francia y a Inglaterra. En beneficio del imperialismo de éstas, venían a morir miles de "boys" sin saber exactamente porqué. Más ni su general en Jefe Pershing ni nadie discutió jamás la necesidad de un mando único al que se sometían de antemano. Más admirable docilidad no cabe. Precisamente por esto los franceses actualmente siguen sintiendo tanto el anti-norteamericanismo. Así paga el diablo...

A trancas y barrancas se estableció un mando único aliado, que se puso en manos de Foch. Desde entonces los ingleses se sometieron a él. Fue muy sincero. El hecho es de que ya el ejército inglés tuvo muy poca acción en las decisivas. Obedeció a Foch, es verdad, pero las grandes ofensivas aliadas que acogotaron a Alemania, en julio-octubre de 1918 se efectuaron en los sectores del Marne, Aisne, etc., es decir los centrales, no los occidentales donde se hallaban los ingleses. Y, huelga decir, con la carne de cañón norteamericana.

Tal fue la decisiva Conferencia de Doullens del 27 marzo 1918, tan magnificada por la propaganda aliada, como fruto de la perspicacia de Clemenceau (que no hay duda fue su principal artífice), como de la lejana comprensión del Gobierno inglés de Lloyd eGorge. Es cierto que la torpe Inglaterra victoriana de Asquith, Grey y Kitchener, nunca hubiera pasado por conceder el mando supremo a un general francés.

Éste, Foch, constituyó un "tandem" digno del alemán Hindenburg-Ludendorff. También Foch tuvo su Jefe de Estado Mayor dignísimo: el general Weygand,

el mejor militar francés de los tiempos modernos llamado a situaciones trágicas en 1940, y a quien Francia —la "Patrie" siempre— había de pagar tan mal como, en cierto modo, a Pétain... El cual aquí, demostró su magnanimidad poniéndose —a pesar de ser el general en Jefe— a las órdenes de Foch.

Las últimas ofensivas germánicas fueron de espanto. En sus ataques, mientras los cañones de Krupp —la "grosse" Bertha— bombardeaban París, cierto que en forma más espectacular que efectiva, invadieron toda la zona comprendida al sur de la línea Soissons-Reims, llegando hasta Chateau-Thierry. El cañoneo se oía desde París. La máxima ofensiva llegó hasta Villers-Cotterets. Empezaba la II Batalla del Marne.

Como la primera, ésta debía ser fatal para Alemania. Al comenzar el II Semestre de 1918, se alineaban 2.900.000 franceses (incluyendo los negros, los demás representantes de razas de color, etc.), unos pocos portugueses, llevados al matadero sin saber porqué, unos 1.800.000 ingleses, y ya 1.700.000 americanos. Contra esto, los alemanes apenas podían alinear 4 millones de soldados, ya todos ellos fatigados por las luchas más sobrehumanas que cuatro años largos pueden acumular. Tal era el panorama al comenzar julio de 1918 y con él, esta segunda batalla del Marne.

Los demás frentes

En Italia, tras los días gloriosos de Caporetto, las huestes austriacas ya no podían hacer más. Comenzaba la lenta batalla del Piave, sin trascendencia. Allí ya no podía ocurrir nada, hasta que llegase el derrumbamiento de los Centrales.

En los Balkanes, el mando común había sido confiado, asimismo, a un general francés, Franchet d'Esperey. Poco enemigo tenía, ya, enfrente. Desmoralizados, búlgaros y turcos empezaban a batirse en retirada. Hubo lucha en Albania. Se avecinaba el desplome.

En Turquía, en el lejano frente de Mesopotamia, las tropas mercenarias de Inglaterra (indias, etc.), avanzaban en la región del Eufrates y del Tigris; todo estaba ya liquidado. En Palestina los turcos se sostenían en el frente del norte de Jerusalén; allí brilló aun la resistencia germano-otomana durante varios meses, en la que Allenby no pudo progresar en Palestina; más, al igual que en todas partes, la suerte estaba echada.

LUIS CREUS VIDAL

LIBERTAD DE ENSEÑANZA

JOSÉ M. ALSINA

A mediados del siglo pasado los católicos franceses lucharon durante más de veinte años en favor de la libertad de enseñanza, frente al monopolio estatal, a fin de posibilitar la existencia de las escuelas y colegios católicos.

Aunque los términos empleados en el transcurso de aquella campaña pudieron llevar a confusión, es evidente el espíritu contrarrevolucionario en defensa de la fe cristiana que les animó durante toda la lucha, frente al espíritu laico y antirreligioso de la enseñanza pública imperante en Francia. Sin haber conseguido plenamente sus objetivos, no obstante los frutos de aquella campaña los disfrutaron varias generaciones, gracias a los colegios religiosos que a partir de 1850 pudieron proliferar en Francia.

En nuestros días, la defensa de la libertad de enseñanza que vuelve a plantearse a nuestro alrededor, la encontramos muy alejada de aquel espíritu de defensa de la educación cristiana que movió a los católicos franceses. Por ello reproducimos hoy estos fragmentos del que fue adalid en la Asamblea Nacional en la defensa de la enseñanza religiosa.

“Lo que digo es que el estado en que se encuentra la sociedad no es culpa solamente de la universidad, es culpa en gran parte de los padres de familia; es culpa de la necedad, y también de la ceguera de los padres de familia que desplazan y desarraigan a sus hijos por la educación contra naturaleza que ellos les quieren dar.

”La culpa está, en gran parte, en toda la sociedad, en la atmósfera que respira y como decía hace un momento, en la ceguera, en la ambición de los padres de familia con la educación que dan a sus hijos; ¿para qué? Para poderlos lanzar en seguida a los empleos públicos, es decir, sobre el presupuesto, como sobre una presa. He aquí lo que veis todos los días.

”*En fin el resultado es el que acabo de deciros: cada gobierno forma generaciones que le derriban en cuanto éstas llegan a su madurez.*

”¿De dónde viene esta cruel enfermedad de nuestra época? No dudo en deciroslo con la franqueza que se nos reclama en todo momento, viene de que se mata, en la educación pública, el senti-

miento de respeto a la autoridad, ante todo a la autoridad de Dios. No es voluntariamente, aquí no acuso las intenciones de nadie más he ahí el hecho: *en la educación pública se mata el respeto a Dios, el respeto al padre, es decir a la familia, y finalmente el respeto al poder del Estado.*

”Entre nosotros se enseña a los jóvenes el saber pero no el deber: se les enseña a emancipar, como se ha dicho más de una vez, la razón; pero ¿sabéis lo que emancipamos al mismo tiempo? ¡El orgullo! *Se mata la humildad que es la base de todas las virtudes públicas y privadas*, a fuerza de emancipar esta razón, o más bien, este orgullo, se llega al estado en que nos vemos y ante un problema que se encuentra insoluble en el mismo momento de plantearlo, a saber: encontrar el medio de que coexistan la posibilidad de mantener la autoridad social con la emancipación general del orgullo disfrazado bajo el nombre de razón.”

(Fragmento del discurso de Montalembert en la Asamblea Nacional en la sesión 17-I-1850 sobre la Ley de Libertad de Enseñanza.)